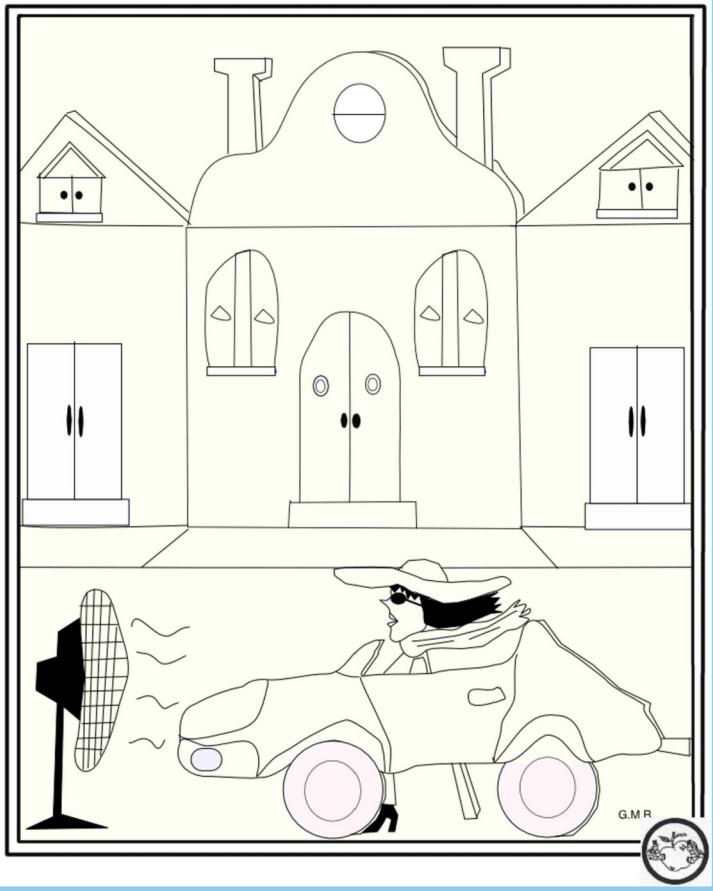
Ahora que vamos deprisa



AHORA QUE VAMOS DEPRISA

Redactores: JLM y JCJ. Nº 25. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Vivimos en un tiempo acelerado en el que nos resulta difícil mantenernos al tanto de las novedades y los cambios. Incluso de nuestra posición en este mundo. Tendemos a pensar que nuestros tiempos actuales hablan de progreso, de modernidad, de imparable avance. Quizá algo haya de ello, pero también mucho de confusión y de inadaptación. Parece que avanzamos a empellones y sin saber bien hacia dónde. Que nos movemos más por inercia que por deseo. Y que todo es más complicado que necesario, confuso y difícil de asimilar. Nuestra evolución material marcha rápida mientras que nuestro pobre cerebro de primate, moldeado con genes, instintos y hormonas, no da abasto para conciliar nuestra vida con el ambiente que nos rodea.

En estas circunstancias da la impresión de que hay gente que sabe lo que se hace. Grandes sabios, gurús de nuestro tiempo, gente poderosa y capaz, gobernantes y grandes empresarios –no está muy clara ya la frontera entre ambos términos- que miran por nuestro bien y nos conducen por un carril bien determinado, trazado y programado por ellos y sus secuaces, hacia un futuro perfecto de felicidad incuestionable.

Algunos inconformistas, que debemos de ser muy tontos, tenemos la impresión de que, con la excusa de los cambios y su velocidad, estos filántropos, o su versión más estúpida de ejecutores inconscientes, tratan de vendernos su particular burra y, como vulgarmente se dice, de metérnosla doblada, o triplicada. Parece que, más que perseguir el progreso necesario de las sociedades, estas gentes, demasiado listas o demasiado ciegas, persiguen su propio bienestar pero, en esta era democrática y del buen rollito, nos mienten como bellacos para que no notemos la desagradable píldora o nos la traguemos con más facilidad.

Antes se cantaba, en viajes de autocar del colegio, aquello de "ahora que vamos despacio, vamos a contar mentiras". En nuestro

tiempo parece que la versión postmodernista es bien distinta. Si nos quieren engañar y el mundo marcha a toda velocidad, aprovechemos ese ritmo infernal para colar mentiras a mansalva. "Ahora que vamos deprisa, vamos a contar mentiras". Si uno va muy rápido no se para a pensar. "Tralará". Si se deja idiotizar, no se va a enterar de los bulos. Ni se los va a plantear. "Tralará". En nuestra sociedad que marcha a la carrera, parece más fácil mentir, manipular, adoctrinar sin sentir. Nos mienten sin parar. Nos venden lugares comunes, asunciones decididas por gentes o asociaciones interesadas. Nos indican qué noticias son las importantes. Qué cultura es la válida. Qué pensamientos los correctos. Y no nos dan tiempo a recuperar el resuello, a detenernos a pensar. Si te paras, te quedas fuera de la maravillosa sociedad que nos han creado. Y nos hacen creer que es necesaria, que las estructuras de las que nos han hecho formar parte tienen vida propia y autónoma. Que debemos resignarnos y seguir la corriente imparable, como si debiéramos confiar en ellos y alguien, un ente superior, supiera cabalmente hacia donde vamos, lo cual puede suceder, y el punto hacia el que vamos, sin saberlo, hubiera de ser de nuestro agrado. Nos hablan de globalización, de ecologismo, de las inmutables leyes del mercado, de moralidad, de nacionalismo, de religión, de deber, de bienestar. "Ahora que vamos deprisa, vamos a contar mentiras". Bueno, pues nosotros también vamos a contar mentiras, o verdades, las nuestras, o, al menos, vamos a tratar de hablar y de descubrir algunos de esos bulos que nos hacen pasar por verdades incuestionables. Ojalá disfrutes con nosotros de este viaje a velocidad más lenta de la acostumbrada, en estos tiempos acelerados, para vuestras mentes inadaptadas.

RESOLVIENDO CRISIS

Estamos en crisis. Después de años de intensos pelotazos, de liberalismo a ultranza, parece que el sistema ha enfermado gravemente. Con las vacas gordas, casi todos los mandamases estaban de acuerdo en que el mercado se autorregulaba solo y que ésa era la mejor forma de hacerlo progresar. Quienes desconfiaban de las cualidades autorreguladoras de sistema tan complejo eran unos bobos

o unos agoreros. Los que desconfiaban de tanto dinero fácil para tan pocos, unos ignorantes o unos envidiosos.

Ahora todo es distinto. El mercado ha perdido su magia. Las ubres se secan y las comisiones cobradas se convierten en números rojos para el pagador, las hipotecas en inmuebles impagados. Y la banca gime atemorizada, con todas las empresas haciéndole lastimero coro. Ahora los gobiernos liberales se lanzan al rescate como posesos, olvidando esas sacrosantas reglas de la no intervención. Cuando todo va bien, el dinero es para unos cuantos. Cuando todo va mal, el dinero de todos debe usarse para salvar a esos pocos y, supuestamente, los ahorros de todos los demás. Curioso cuando menos.

Nada tiene de graciosa la situación. Nada de risible. Pero uno no puede evitar que, pensando en ello, se le dibuje una sonrisa torcida en la boca. Particularmente ante la actitud de los políticos y esas maneras que los caracterizan desde siempre en estas situaciones.

Y es de los políticos, no de los banqueros mangantes, de los que trata este artículo. Quizá también sean mangantes y sinvergüenzas, pero de otro tipo. No voy a hablar aquí de cohechos y tráficos de influencias. Sólo de maneras de gobernar y hacer oposición. No son muy distintas en tiempos de crisis.

El partido en el gobierno quita hierro a la situación. Los de la oposición lo añaden. Pero ambos, como arúspices de la antigüedad, dicen poseer la solución a todos los problemas. El gobierno dice que actúa. La oposición que no. El gobierno afirma tener la receta de la solución. La oposición también, y está segura de que la receta aplicada por el gobernante nunca es la correcta.

¡Vaya! Si tanto les importa a todos nuestros políticos la situación del país y su mejoría, ¿cómo es posible que no se puedan poner de acuerdo? Da la impresión de que sus medidas son como las modas: cuestión de gustos. Y eso cuando alguna de las medidas es de carácter público y explícito, porque, en la mayoría de los casos, parece que nuestros gobernantes se comportan como espías celosos de sus secretos. Todos se limitan a exponer vaguedades y caer en el lugar común. Frases hechas que no comprometen a nada. Máximas rimbombantes y sonoras que cautiven al público. Discursos vacíos de contenido. Como el ideario de sus partidos. Da la impresión de que

saben poco o nada y pintan aún menos en el concierto internacional. Hacen lo que se les dice o, en todo caso, lo que pueden. Se disfrazan de grandes sabios para hacer análisis concienzudos de la situación y, al cabo, parece que no tienen mucha idea del curso de los acontecimientos ni de lo que pueden hacer para modificarlo. Si tan seguros están de la idoneidad de sus medidas, ¿por qué no las comunican? O, si lo hacen, ¿por qué no convencen a nadie? Cada vez que hay una crisis, económica, social, política, los partidos políticos dicen poseer las soluciones pero nunca las exponen con claridad ante sus rivales. ¿Acaso temen que el gobernante use sus recetas y arregle la situación? ¿Pretenden reservárselas para usarlas ellos y salvar al país? ¿No les importa la marcha del estado y ocultan datos? Si tan claras son las medidas a tomar, ¿por qué no todo el mundo lo ve? ¿O será que todo es dudoso y confuso? Las cosas no funcionan así en el mundo real –disculpadme, pero me temo que la política es tan fantasiosa como muchas películas de Hollywood-, los argumentos tienen peso. Las razones son esgrimidas para convencer y, si hay dinero de por medio, la gente siempre se cuida muy mucho de hacer lo que considera correcto. Sin embargo, entre los políticos se lleva la emulación. Hagamos lo que hacen los demás, no sea que fallemos nosotros solos. Se lleva el misterio. A los políticos les importa tanto el bienestar de los ciudadanos que parecen preferir mantener sus milagrosas soluciones en secreto antes que proporcionárselas al enemigo. Es como si dijeran: "sí, nosotros sabemos cómo arreglar el mundo, pero, así se hunda, nunca diremos lo que hay que hacer hasta que lleguemos nosotros al poder". La salvación es cosa suya, y no van a dejar que el mérito recaiga en el rival. Hombres de estado, que se les llama. Ya se sabe. Como esto me parece muy malintencionado prefiero -¡en fin!- creer que son torpes o lerdos. Que todos se tiran el pegote de lo bien que lo harán, de lo mucho que saben, pero es puro alarde. Necesario en su mundo para sobrevivir. Pienso que nadie tiene la solución. Se han metido en camisas de once varas, el curso de los acontecimientos les supera y sólo pueden esperar que el temporal pase por sí solo sin causarles muchos daños. Poco les importa que el resultado y los medios sean fastidiosos para el resto de los mortales que dependemos de sus decisiones –o la falta de ellas- y nos tragamos

su cháchara vacía y su habilidad para hacernos sentir partícipes de esta sinrazón que avanza sin control y a la que damos distintos nombres: democracia, libremercado… demagogia a fin de cuentas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

RECUERDOS Y REFLEXIONES DE ANDAR POR CASA

En mis tiempos, prehistóricos según algunos, también hacíamos excursiones en el colegio, aunque más modestas que ahora. Una de las canciones que más salían a relucir mientras íbamos en el autobús era "Ahora que vamos deprisa, vamos a contar verdades" seguida de "Ahora que vamos despacio, vamos a contar mentiras". La primera hacía referencia a los estudios. Unas asignaturas eran un rollo, nos mataban o dormían mientras que otras nos resucitaban (la religión) o nos despertaban; la segunda era un reflejo subconsciente de la situación del momento (lo descubrí mucho después) pues se refería a comida: liebres, sardinas, ciruelo, manzanas, hambre de seis semanas, avellanas, melonar, Pepino y Zanahoria y una vieja muy pobre que vivía en El Escorial. Esta época era reflejada en películas como "Ladrón de bicicletas" o en las cartillas de racionamiento de mis padres.

Ahora, cuando los tiempos adelantan que es una barbaridad, como diría Don Hilarión, seguimos anclados en las verdades y mentiras. Las verdades son muy loables. El ir con la verdad por delante denota rectitud de carácter pero puede ser utópico y, a veces, contraproducente, por inflexible. Necesitan menos tiempo para decirse que las mentiras porque éstas precisan de más elaboración para tejerlas, "cuadrarlas", hacerlas lógicas y digeribles para los destinatarios de las mismas porque de no ser así "se pilla antes a un mentiroso que a un cojo". No sé si se llevará en los genes como instinto de supervivencia, de querer aparentar o de ambas cosas. Con crisis o sin crisis, en épocas de bonanza o estrecheces siempre están presentes. El oficio de pícaro vividor y aprovechado tiene sus altibajos pero siempre está ahí.

Verdades son la violencia de género, despilfarros, desigualdades, crisis cíclicas, cambio climático, guerras evidentes o larvadas, epidemias... Siempre lo ha habido y la Humanidad ha

sido consciente de ello en mayor o menor grado. No hay nada nuevo bajo el Sol, sólo diferentes presentaciones como los fármacos o productos cosméticos. Ya se sabe: "En este mundo traidor/nada es verdad ni mentira/todo depende del color/del cristal con que se mira". De momento sólo la muerte es cierta. Hasta que la parca nos lleve con ella seguiremos actuando igual. Tal vez nos abonemos a esa tercera vía que son las verdades a medias (para algunos las peores) o a lo que representan esos tres monos famosos: ver, oír y callar.

PAM 213

LA IDEA

Algún lector tal vez esté familiarizado con el concepto del que voy a hablar. Se trata de una idea antigua. Una idea sobre las ideas. Planteada en los términos en que aquí se va a hacer puede tener unos treinta años, pero como parte del imaginario común ha estado flotando en el aire durante mucho tiempo. Es una parte importante, aunque no exclusiva, de la ciencia de la evolución cultural. Suena a cosa muy seria, lo sé. Quizá lo es, aunque uno no debe tomarse a sí mismo demasiado en serio. Y, si hablamos del hombre y la transmisión de ideas, quizá no sea asunto tan serio, después de todo, visto el punto al que nuestros brillantes pensamientos nos han conducido.

Las ideas son contagiosas. No siempre, pero sí muy a menudo. Y las más contagiosas no tienen por qué ser las mejores. No somos tan racionales. Si tuviéramos que dar una receta de la idea con más posibilidades de expandirse y universalizarse quizá no sería la idea más compleja ni la que resultase del pensamiento más genial. La idea genial, desde el punto de vista de su transmisión, no es la más profunda o sesuda, sino, meramente, aquélla que más aviva la imaginación del general de los mortales. Y me temo que la inteligencia media… En fin, que la receta de la idea "genial" debería incluir varios ganchos: sencillez argumental, facilidad de comunicación y comprensión, emotividad para que nos toque alguna fibra sensible. Cuanto más universal sea a la hora de captar imaginaciones, emociones y voluntades, más fácil será su multiplicación de mente en mente y de pueblo en pueblo. Sólo hay una limitación para estas ideas tan

magníficas: que no incluyan en sí mismas la autodestrucción. El celibato ha sido, durante milenios, una fértil idea en numerosas culturas y civilizaciones, muchas veces con tintes religiosos. Y como tal muy respetable, pero no universalizable porque, si todo el mundo abrazase el celibato a conciencia, al cabo de bien poco tiempo todos los practicantes desaparecerían y con ellos cualquier posibilidad de descendencia y transmisión. Así que más vale que la idea, por respetable que sea para todos, sólo sea llevada a la práctica por una minoría.

A veces, si uno lo piensa, da la impresión de que las ideas fanáticas suelen contarse entre las más exitosas. Es como si el fanático, al abrazar estas creencias, cerrase sus sentidos a cualquier otra opción. Aunque también ideas de tolerancia y respeto suelen tener éxito porque, al no ser excluyentes, si no se aseguran la universalidad, al menos favorecen su permanencia entre otras semejantes.

Fibras sensibles los seres humanos no tenemos demasiadas. O, al menos, no son muy variadas y casi siempre se trata de las mismas con diferentes disfraces. Aquello que nos hace sentir emociones, primitivas y también, aunque menos, elaboradas, suele captar nuestra atención. La idea de permanencia, el deseo de ser admirados, la necesidad de reproducirse, el ansia de amar y ser amado, la pertenencia a un grupo, la tribu o la patria. Todas son campos fértiles para las ideas acaparadoras de voluntades. Ideas que no necesitan ser racionalizadas, no al menos en profundidad. Y que aun pueden ser sentidas más que pensadas.

Luego hay puntos flacos de cada cual, aficiones, gustos personales, deseos extraños. Y hay ideas minoritarias para todos, aunque siempre gusta que otros, aunque pocos, las compartan. La mayoría necesitamos formar parte de algún grupo. Aunque claro, otra idea, la de la exclusividad, lo original y único, algo que también se desea, encuentra campo fértil en los solitarios y extravagantes. La idea vaga de ser único también prolifera incluso en las mentes más sencillas. Lástima que las ideas más personales y originales, difícilmente transmisibles, estén condenadas a su casi extinción. Y digo casi, y no total, porque, en el caso de la evolución cultural, al

contrario de la biológica, la repetición del pasado, así como el recuerdo de lo semiolvidado, almacenado en libros, bibliotecas y cementerios de ideas, sí puede producirse y la misma idea, o variantes suyas, pueden y suelen renacer a lo largo del tiempo. Las modas, el hoy llamado *revival*, constituyen terreno abonado para tales recuperaciones.

Los científicos nos hablan de transmisión cultural. Algunos hablan de las ideas como si de genes se trataran. Se heredan, transmiten, mutan y extinguen como ellos. Hay quien las llama "mimes", tal vez haciendo referencia a su transmisión por copia, imitación o emulación. Y les asignan tasas de heredabilidad y de mutación, dominancias, variabilidad. Suena muy racional y sesudo. Justo lo contrario de lo que uno percibe. Porque no, si uno lo piensa seriamente, no somos tan racionales como queremos creer y nos engañamos pensándonos capaces de decidir y pensar de un modo completamente autónomo y hasta original. Es tan leve la diferencia, tan frecuente el plagio, tan dudosa la verdad, tan próxima a la mentira, el engaño, el autoengaño.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SE ENGAÑAN

Se engañan los que piensan
que el trabajo es salud,
que el sudor obligado,
cumbre de la virtud
para ganarse el pan.
Se engañan los que piensan
que lo que duele cura
que el mal es necesario,
puerta de salvación,
para llegar a más.
Se engaña quien confunde
la noche con la luz,
el acierto y el fallo,
que toda plenitud
obedece a un buen plan.

Se engaña quien confunde
anchura con altura,
el destino y el fario,
fuerza con cerrazón,
seguir con avanzar.
Pero no me equivoco
si invento yo los tongos,
si pienso que el dolor
es útil si es de otros,
el trabajo sagrado
si lo hacen por nosotros.
Se engañan los ilusos,
se engañan los idiotas.
Se engañan los obtusos,
se engañan los pasotas.
Antón Martín Pirulero

¡TIENES DERECHO!

Quizá no es lo más correcto mencionar el pecado sin apuntar al pecador. Pero tal vez, al menos en este caso, sería de peor gusto señalar con el dedo a todos los que se apuntan al lema que reza como título de este ensayo. Un lema absurdo, si uno lo analiza un poco, pero que suena bien a los oídos de cualquier persona, particularmente a los de un consumidor tipo que pueda sentirse identificado con la campaña publicitaria en la que se le anima a ejercer su derecho a poseer, tras adquirir y previo pago del correspondiente dinero.

Hace no mucho tiempo la gente no estaba acostumbrada a tener tantos derechos. Y menos a disfrutarlos por la patilla. Los derechos se ganaban, había que pelear por ellos. Y tal vez por eso mismo se los valoraba mucho más. Ahora que nos convencemos de su gratuidad y universalidad, tendemos a olvidar su valor y su significado. Muchos derechos, sí, pero pocos deberes o casi ninguno. En un mundo ideal quizá ese sería el sueño hecho realidad de cualquier hijo de vecino. En la vida corriente se trata de un deseo irrealizable. Incluso indeseable, si uno se plantea a qué grado de estupidez nos está conduciendo la autosatisfacción de nuestro tiempo. Todo gratis, todo

para todos, todo deseable y deseado. O eso nos creemos porque, más bien, me parece que la mayoría de nosotros nos movemos a impulsos de voluntades ajenas que nos empujan en el sentido que mejor conviene a sus intereses.

Lo curioso es que tendemos a ver como derecho lo que ni lo es ni debería serlo. O bien pensamos poseer un derecho inalienable que nadie nos ha concedido. O, mejor aún, se nos asegura la posesión teórica de unos derechos que, en la práctica, se quedan en papel y palabra mojados.

La gente se confunde en lo más básico y, para muestra, allá van tres ejemplos de lo más corrientes:

1) El derecho a ser felices.

Es el caso más típico de confusión. Equivocar la sana aspiración de alcanzar un fin, como el ser feliz, con la obligación de conseguirlo, tal vez con colaboración ajena, incluidos los estamentos políticos y económicos. Es como el derecho a ser amado, que no depende sólo de nosotros. En cierto sentido, la felicidad parece más asequible. Al menos la del tonto, que se conforma con poco o aun con nada y asume como propios deseos de otra gente con los que se siente feliz y realizado. Nadie tiene derecho a ser feliz. Sí a buscar la propia felicidad. A luchar por ella con todas sus fuerzas y a poner todo su empeño en conseguirla o siquiera acercarse, tal vez por un instante, a sus nebulosas fronteras. Pero nadie puede asegurarnos la felicidad por decreto. La vida es dura y el mundo suele ser hostilmente injusto. Al menos para la mayoría. Otros están bien conformes con su injusticia. El infeliz no tiene derecho a exigir al mundo que le conceda su gracia. Ni los gobiernos o los médicos, ni los curas o los amigos nos pueden otorgar, sin más, la felicidad. No es nuestro derecho, por más que nos gustase verla impuesta contra cualquier ley de la naturaleza.

2) El derecho a ser escuchado.

Nuevamente confundimos nuestro deseo, incluso nuestra necesidad, con nuestros derechos. Uno tiene derecho a hablar, a protestar y quejarse, a tratar de hacerse oír. Pero el ser oído o, mejor aún, escuchado, es algo que escapa, y así debe ser, a nuestra voluntad. Es el oyente quien decide a quien escuchar. El poderoso puede cerrar injustamente sus oídos, pero también el miserable puede

cerrarlos ante cualquier influencia. A todos nos gusta ser tenidos en cuenta, oídos y escuchados, hasta comprendidos. Pero tampoco nos gustaría ser obligados a escuchar. Luego esta idea del derecho a ser oído es más bien una suerte de ley del embudo de bastante grata aceptación para el quejumbroso.

3) El derecho a que nuestras opiniones sean tenidas en cuenta al mismo nivel que todas las demás.

Esto ya es rizar el rizo y rozar la estupidez. Cualquier opinión puede ser expuesta y, por mera educación, es frecuente que se dé oídos incluso a las más absurdas. Pero que una opinión pueda ser oída no significa que deba ser tenida en cuenta ni mucho menos respetada. Uno tiene derecho, eso sí, a defender sus opiniones, sean éstas cuales sean y mientras la defensa no suponga violentar las ajenas. Obviamente, el puñetazo o la prisión para el disidente no parecen métodos lícitos de defender las propias ideas. Pero si uno lanza su idea debe estar dispuesto a que los demás se la rebatan, la rechacen y hasta la pongan en ridículo. Uno puede opinar lo que le parezca sobre las opiniones ajenas, igual que sobre las propias. Y, al margen de un cierto decoro para no caer en el insulto o la chabacanería, tiene perfecto derecho a pensar que la idea es una gilipollez y su emisor u apropiado artífice de tales desvaríos un perfecto gilipollas. Pensar que si uno defiende ideas absurdas usando la palabra eso hace sus ideas más respetables o valiosas es una soberana sandez. Y un error muy común en nuestras modernas democracias donde, por no ofender al vecino, se tiende a aceptar las ideas más ramplonas y a callar juicios bien sopesados por el miedo a ofender a algún político, partido, grupo social, estamento o cualquier pelagatos sin argumentos ni ideas.

Uno puede aspirar a todo lo que le parezca. Si se quiere, tiene derecho a perseguir el sueño o ideal que más le apetezca. Tiene derecho a intentar conseguir sus objetivos, pero no a lograr todos los sueños de colorines ni a hacer comulgar a los demás con sus piedras de molino.

"Tienes derecho", dice el lema. Y es posible. Pero párate a pensar a qué y también, por qué no, decide qué estás dispuesto a dar a cambio. Pocas cosas, y casi nada valioso, se consiguen gratis –y no me refiero a dinero- en este perro mundo. Sí tienes derecho a la pataleta.

Pero rara vez tu pataleta será escuchada ni atendida. Ni tiene por qué serlo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DEPRISA Y DESPACIO

Ruido constante, ajetreo, gente escupida de la garganta abrupta de coches de metal, almas insensibles bostezantes, locura, desprecio, agresividad… así comienzan mis mañanas lectivas. Atrás quedaron los besos escondidos de despedida en la estación, las miradas cómplices llenas de amor y ternura con él, los desayunos comunes, sus brillantes pupilas mirando las mías, con ansia de más. Atrás, lejos, flotando en la bruma condensada de mi cerebro palpitante, me llevo conmigo sus recuerdos y los míos, sus caricias matutinas sobre mi rostro adormecido. Deprisa, parto hacia el necesario trabajo diario, con el alma escarchada de esos recuerdos. Y la escarcha, lenta y progresivamente, se deshace durante la jornada, hasta quedar imbuida de la rutina acostumbrada y perniciosa para el alma. Y llega la salida esperada, liberación condicional de lo obligatorio. Cansada regreso a la boca oscura artificialmente iluminada, llena de transeúntes igualmente cansados y deseosos de olvidar. Vuelvo al metal chirriante que atraviesa espacios y soy absorbida por la masa latente de rostros anodinos, como el mío propio. Lucho cansada por un lugar en el interior de la abominable estructura serpenteante que me conducirá a la próxima parada. Camino sin ojos, rodeada de iguales con los que mi alma no comparte absolutamente nada, sólo siglos de varianza genética. En loca disputa física, pugno por conseguir un sitio donde reposar durante los siguientes minutos del viaje, en un intento de disminuir las tensiones físicas de la jornada que se acumulan como agujas en mi espalda. Nuevamente la banda sonora de megafonía distorsionada anuncia la próxima parada. Es la mía. Comienza la liberación. Él suele estar siempre ahí, dando sentido a mi llegada. Su rostro ilumina mi esperanza, me toma la mano y me conduce al refugio mutuamente compartido. Hay gente alrededor, anónimos a quienes no presto atención, sin que ahora me importen sus voces o sus silencios.

Caminamos cogidos de la mano y unidos por hilos invisibles que sólo el destino conoce, pues se encarga de unirlos y alimentarlos. Me cuenta, me habla, me mima, me acompaña, me sonríe … y yo sé que me ama. Unos minutos más de paseo por asfalto poblado de otros a quienes ni siquiera miro, pues le tengo a él a mi lado, y todo lo demás aparece desenfocado de mi atención. Llegamos, por fin, al cálido refugio. Y le beso, y me besa… despacio, lentamente, mi alma vuelve a ser mía para escaparse en cada palabra hasta sus labios. Hay silencio hermoso y vibrante en el ambiente. Y allí, en cada rincón escondidos, encuentro los recuerdos que había olvidado durante el día. Allí están todos, flotando ante mis ojos como envueltos en cálida neblina, recordándome la fe perdida. Y me mira, y le miro, y bromea, y yo sonrío… a él y al destino. Sellamos la noche con un casto beso de noctámbulos adormecidos, él me regala su calor dulce con miradas llenas de cariño mientras el tiempo transcurre impasible a nuestro alrededor. No se puede apresar el momento, tan sólo los recuerdos pueden ser capturados, encapsulados en fundas invisibles para recuperarlos durante la siguiente mañana, cuando nuevamente pierda su contacto, sus miradas y su sonrisa cómplice, cuando aniquilen mi voluntad con el obligado ritmo impuesto. Soñaré despierta, entre todo el ajetreo lleno de ruidos y olores, con volver a verle, volver a encontrar su contacto deseado, una caricia sutil que coja mi mano y me conduzca de nuevo al tiempo lento y reposado, lleno de vivencias, de silencio cálido, despacio, con el destino de nuestro lado. Cariño, ¿te he dicho ya que te amo?

NOX

LEAL OPOSITOR

Me llamo Adalberto Güemes de Salazar. Soy hijo, claro está, de don Arístides Güemes y Mendoza, al que todos los que tengan unos cuantos años recordarán, aunque dudo que su memoria sobre él sea positiva. Como hijo del señor Güemes, el político recientemente fallecido, es mi deber hablar de él en buenos términos e intentar limpiar su imagen pública para reivindicar su buen nombre. A nadie le sorprenderá que lo haga, pero muchos darán por sentado mi amor filial

a la hora de exponer mis argumentos y, si me leen con ojos parciales –en el caso de que lleguen a terminar de leer este artículo, o panegírico, si así lo prefieren-, decidirán que mi padre fue el tipo torpe, malhumorado y extremista que todos guardan en su memoria, si es que algún recuerdo conservan de él, y no el gran hombre por el que yo quiero hacerle pasar en estas páginas. Yo, antes de que emitan su juicio, les diré que se equivocan. Mi padre, que Dios tenga en su gloria, fue un verdadero hombre de estado, tal vez el mayor y mejor estadista que nuestra amada república ha contado entre sus servidores. Pues a la patria sirvió incondicionalmente, aun a costa de su buen nombre y su beneficio personal. No se trata de amor de hijo, señores. Para mí su nombre es sagrado, obviamente, pero me parece demasiado injusto para él y para todos los que hoy en día estudian la historia de nuestro país, que casi todos piensen en Güemes como un personaje esperpéntico que caracteriza el escaso nivel intelectual y moral de la clase política que, con o sin nuestro consentimiento, acostumbra gobernarnos.

Mis palabras no van a ser una simple exaltación. Quiero hablarles de historia y describirles los hechos como yo los viví y los percibí. Soy consciente de que la mía no es la historia oficial, pero quien piense que la historia oficial refleja la verdad de los hechos mejor que la mía es que es un pánfilo o un iluso. Que nadie olvide que la historia la escriben e inventan los vencedores. En la nuestra han abundado demasiado los hombres ambiciosos y faltos de escrúpulos y demasiado poco los íntegros y probos como para que nos sorprenda que la memoria de estos últimos pueda ser mancillada por los primeros con tal de salvar su propia imagen aun salpicando de deshonor y deshonra la del prójimo. Mi padre fue uno de esos hombres honrados y valerosos que tan raros son en política. Estuvo dispuesto a sacrificarse en el altar de la patria para que nuestra república y sus gentes pudieran prosperar, sin importarle la mancha en su nombre y el descrédito que, desde entonces, siempre lo acompañaron. Sean pacientes y escuchen mis palabras. Si mis razones no les convencen, entonces vitupérenle a él y a mí por defenderlo. Pero, si tienen perspicacia y un mínimo sentido del pudor, alzarán conmigo la voz para reivindicar la memoria

de mi padre, don Arístides Güemes y Mendoza, como adalid y protector de nuestra amada patria.

Mi padre se hizo político por vocación, cosa demasiado rara en nuestro tiempo, y también en el suyo, cuando menudeaban en los partidos los que buscaban el beneficio propio antes que el general. Y así nos iba entonces y nos va ahora, claro está. Pero Arístides no era así. No se trata de mi palabra, sino de hechos que expondré más adelante, y que quien quiera podrá contrastarlos repasando actas y prensa de la época.

Este artículo no es ni pretende ser una biografía. No voy a describir con detalle los años mozos de mi padre, ni su formación. Tampoco sus intereses o los múltiples cargos, administrativos primero y políticos después, que desempeñó a lo largo de su dilatada carrera. Tan sólo voy a referirme a los años cumbre de su vida como estadista, aquellos en los que mayores servicios prestó a la patria y los que le dejaron, como herencia, su nombre mancillado y una leyenda negra e imborrable –al menos en su día- acompañándolo.

De su juventud sólo diré que transcurrió tranquila, plena de esfuerzos por superarse para poder desarrollar su carrera pública. Curiosamente, fue en sus años como estudiante de enseñanza secundaria cuando conoció al que luego sería su rival político, el famoso Miguel Campoviejo, el futuro presidente. Mi padre siempre pensó, y yo también lo creo así, que aquella inicial relación con Campoviejo tuvo mucho que ver con el desarrollo de sus disputas parlamentarias muchos años después. Y es que mi padre, ya por aquel entonces, destacaba sobremanera sobre Campoviejo, tanto en capacidades intelectuales como en su forma de relacionarse con los demás muchachos, de resultas de lo cual don Miguel siempre envidiaría a mi padre y lo odiaría de un modo tan irracional e impulsivo como suelen ser todas las animadversiones. De una forma tan intensa como para determinar sus decisiones políticas, como se pudo comprobar tiempo después.

La vida da tantas vueltas que no deberían sorprendernos lo que parecen casualidades increíbles. El que los dos compañeros de instituto coincidieran en la facultad de derecho y, más tarde, en el

hemiciclo, fue una de estas situaciones inesperadas y, en cierto modo, también desagradables.

Arístides Güemes progresó rápidamente en la abogacía. Primero como abogado del estado, luego como fiscal y, más tarde, en un bufete propio, compartido con los señores de Ansúrez, famosos en el gremio y felizmente instalados en el centro de la capital. Los méritos de Güemes les animaron a contratarlo y, más tarde, convertirlo en su socio en el gabinete. Pero mi padre aspiraba a algo más que una buena posición social dentro de la abogacía. Ya de joven había militado en el Partido Radical, si bien nunca se había planteado integrarse en la dirección del partido. Luego, en esa evolución tan típica de la edad, abandonó las ideas más extremistas y terminó por simpatizar con el Partido Para el Pueblo, como todos saben. En nuestro país las ideologías nunca han estado demasiado claras, pero el del Pueblo, al menos por entonces, todavía buscaba una democracia social dentro de un ideario que simpatizaba con ideas liberales, aunque no demasiado conservadoras. El partido lo recibió con los brazos abiertos. Como mi padre conocía al señor Zapico, Secretario General por aquel entonces, no entró como mero número sino como el segundo en una de las listas provinciales al Congreso, es decir, con grandes posibilidades de resultar elegido para las Cortes. No todo fue nepotismo. Mi padre era un hombre respetado, hábil letrado y experto en jurisprudencia. Si bien en aquellas elecciones, finalmente, no resultó elegido, pronto escaló posiciones en el partido, de tal modo que, demasiado ocupado por sus recién adquiridas obligaciones, abandonó momentáneamente el bufete y se dedicó de lleno a la política. Con cuarenta años no era un político joven ni tenía las aspiraciones necesarias, a priori, para convertirse en miembro de la cúpula del partido, pero todo cambió cuando Téllez, en el año de las lluvias, alcanzó la Vicepresidencia del país y nombró a Güemes su Secretario Personal. Fue una sorpresa para todos. No porque mi padre no fuera conocido y respetado por su trabajo, sino porque no era uno de los nombres influyentes que se manejaban en todas las listas oficiosas.

Aquello catapultó a Arístides Güemes hacia la cúspide. En aquel gobierno nefasto, tan condicionado por la crisis económica

continental, fue uno de los nombres que brillaron con luz propia y se salvó de la quema general. Tras el descalabro sufrido por el Partido en las siguientes elecciones, inútilmente adelantadas por intentar salvar lo más posible del barco que se hundía, mi padre quedó como uno de los líderes que, desde la segunda fila, apoyaban al nuevo candidato de la oposición. Ni qué decir tiene que, en aquellas elecciones, el partido triunfante fue el Liberal Conservador que había presentado como candidato a Miguel Campoviejo. Simpático, ambicioso, no demasiado inteligente pero sí carismático y hábil comunicador, que se convirtió en uno de los presidentes más jóvenes de la República y, al menos durante los primeros años de su mandato, en uno de los más populares y queridos por el pueblo.

Tal fue el desastre vivido por el Pueblo que, tras el fracaso, se cuestionó la labor del antiguo presidente, Irigoyen, y con él la de sus más estrechos colaboradores, incluidos entre ellos el siempre respetado Zapico. El expresidente hubo de dimitir y hasta puso su escaño en manos del Partido. Con él se retiraron de la primera fila sus más íntimos: varios ministros y algún secretario, incluido el propio Zapico, recién nombrado Presidente Honorario del Partido Para el Pueblo. En tales circunstancias, tras la soberana paliza electoral y la hecatombe interna, nadie había entre los líderes que aún permanecían que quisiera asumir la triste tarea de ser jefe de la oposición y quemarse, con casi total seguridad, en aquel cargo más de desgaste que de relumbre ante la opinión pública desencantada con la gestión del último gobierno. ¿Con qué cara podrían los del Pueblo poner pegas al nuevo gobierno que representaba la ilusión de los votantes?

Ya saben el resto de la historia. O creen saberlo. Arístides Güemes asumió la Secretaría General del Partido Para el Pueblo sucediendo a su mentor Zapico y, asimismo, asumió el liderazgo en el Congreso como jefe y cabeza visible de la menguada oposición. Mi padre, por aquel entonces, no pensaba en convertirse en candidato del Partido para las siguientes elecciones. Era consciente de la necesidad de renovación entre sus filas e igualmente de la necesidad de ejercer una oposición constructiva y firme que mejorara la imagen de los suyos ante la nación. Tal fue su reto y su compromiso, y más de un gerifalte local del Partido respiró aliviado al saber que no iba a ser él quien

tuviera que cargar con el mochuelo de dar la cara en público en esas horas tan bajas a costa de quemar su carrera política.

Para el nuevo gobierno, por el contrario, todo eran parabienes. Inesperadamente, la crisis económica se suavizó, lo cual hizo lamentar a alguno el anticipo electoral, pensando que esa incipiente bonanza en lo económico podría haberse traducido en menos votos perdidos o incluso en la recuperación del favor popular. Pero ya era inútil. Campoviejo fue elegido Presidente de la República por abrumadora mayoría. Incluso el Partido Para el Pueblo se abstuvo en la hora de la elección, por no ser aún más criticado. Tal abstención fue propugnada por Güemes, decidido a lavar la imagen de los suyos y a colaborar en el buen gobierno del país. Se iniciaba, pues, lo que parecía una legislatura más tranquila que la anterior y en la que los Liberales contarían con todos los apoyos para sacar adelante su proyecto de regeneración nacional.

Sin embargo, de poco sirven las buenas intenciones, los augurios y hasta las ayudas, si quien debe gestionarlas es un idiota y sus consejeros unos desalmados deseosos de poder y riqueza. Tan malos o peores como los anteriores gobernantes del Partido Para el Pueblo pero con el agravante de no saber aprovechar la coyuntura favorable para mejorar el país sin menoscabar sus haciendas. Con carta blanca de la oposición, los agentes sociales y el pueblo, el Partido Liberal Conservador demostró su completa incapacidad para encauzar el rumbo del país. Su cabeza visible, Campoviejo, era el peor de todos los suyos. Pagado de sí mismo, ridículo hasta causar vergüenza, incapaz de aceptar una crítica y terriblemente envidioso, como Güemes tuvo oportunidad de comprender durante los primeros meses del mandato de su antiguo compañero mientras él ejercía como leal opositor y se dedicaba a señalarle los errores de su gobierno y sus discrepancias de opinión en diversos asuntos.

Aquellos primeros meses auguraban la catástrofe de los Liberales, una caída aún más estrepitosa que la del anterior gobierno. Miembros influyentes del Pueblo aplaudían la torpeza de Campoviejo y los suyos mientras se dedicaban a buscar posiciones en el propio partido, conscientes de que la interinidad de mi padre al frente del Pueblo pronto dejaría de resultarles ventajosa y bien dispuestos a

apartarlo y sustituirlo para asaltar de nuevo el poder. Pero eso, bien lo sabía mi padre, significaría la ruina definitiva del país, que no soportaría un segundo mandato tan deplorable como el anterior. Así que, aprovechando las luchas fratricidas entre los candidatos que se postulaban en su propio partido, siguió al frente del mismo y se propuso, desde su humilde posición opositora, ayudar a enderezar el rumbo del país.

Si recién inaugurado el gobierno de Campoviejo su oposición constructiva caía en saco roto, ahora decidió explotar a favor de la ciudadanía las debilidades de su rival político y su corte de ambiciosos y aduladores. Durante sus primeros meses como líder de la oposición Güemes se convirtió en la voz de la sensatez y la machacona conciencia nacional. Cada vez que en el Parlamento se debatía un nuevo proyecto de ley, mi padre lo desmenuzaba para hacer comprender su inadecuación y cada uno de sus errores. Más que recriminar al gobierno, usaba con él su tono más didáctico. Exponía los pros y los contras de cada decisión e intentaba que Campoviejo y su gente aprovecharan sus enmiendas para mejorar los anteproyectos antes de su aprobación. Bien es cierto que menudeaban las leyes innecesarias y absurdas. Los tiempos de crisis requerían de medidas decisivas y drásticas mientras el gobierno se dedicaba a las componendas y a dejar que todo evolucionase por su propia inercia. Aquello sacaba de sus casillas a Güemes. Mi padre comprendía que aquellos años de incipiente prosperidad podían ser determinantes para la modernización y enriquecimiento del país. Pero, en vez de atacar al gobierno para debilitarlo, ante cada nuevo despropósito se obligaba a desmenuzar sus razones ante Campoviejo. Le exigía cambios, le suplicaba reformas, y le explicaba los porqués. De poco servía su buena voluntad, porque el Presidente se encastillaba en sus absurdas posiciones. Parecía para él una mera cuestión de orgullo y amor propio el defender su postura contra viento y marea, sin argumentos. Si acaso, cuando la ley se modificaba con respecto al borrador era tan sólo para volverla más extrema y contraria a las razones de Güemes. Algo así como el dicho del caldo no deseado y la taza y media tendida. Daba la impresión de que las malas leyes, lejos de enmendarse y corregirse, se volvían nefastas por contraposición a los argumentos de

la oposición. Mi padre comprendió, finalmente, que, aparte de la cortedaa de miras, a Campoviejo lo dominaba una irracional animadversión hacia su persona, como un odio enquistado desde los tiempos escolares en que Güemes siempre destacaba frente al actual Presidente. Parecía una chiquillada. Quizá lo era, o un defecto de personalidad de aquel megalómano. Pero lo malo no era el simple odio personal, sino sus consecuencias. Mi padre pensó en dimitir. Y lo habría hecho si no hubiera visto tantos buitres a su alrededor dispuestos a rebañar las migajas del poder y heredar el cargo y las maneras del actual Presidente. Así que, visto que su retirada en nada beneficiaba al país, tomó una decisión drástica con la que cambió el signo de la legislatura a la par que hundía miserable y definitivamente su propia carrera y hasta su buen nombre. Tomó su decisión consciente y voluntariamente. Si un político es un verdadero patriota y un hombre de estado, no tiene reparos en sacrificarse por el bien común. Por desgracia, esta actitud es tan rara en los gobernantes que una rectitud como la de mi padre fue confundida con estupidez o locura, sancionadas ambas para la posteridad por los demás políticos, los sesudos analistas y los manuales de historia.

Entiendo el equívoco, como mi padre lo asumió con más espíritu de sacrificio que resignación. Pero igual me veo obligado a limpiar su buen nombre y, por lo que me toca, el de nuestra familia. Y no puedo evitar preguntarme cómo es posible que a nadie extrañara tan notable mutación. Todos los que conocían a mi padre, quienes lo habían tratado, sabían cabalmente que era una persona capaz, inteligente, resuelta y, por encima de todo lo demás, de una rectitud fanática y ofensiva. ¿Cómo es que nadie se sorprendió por aquella repentina locura? Supongo que sus rivales del Partido Liberal Conservador estaban encantados de observar cómo, sin que ellos hicieran nada, el líder de la oposición marchaba directamente hacia la ruina. También entre los de su propio partido hubo quien prefirió mirar hacia otro lado, consciente de que, en el río revuelto, podrían posicionarse mejor de cara a la sucesión y reconstrucción de Partido Para el Pueblo. A éstos la jugada les salió mal, pero mi padre pudo salirse con la suya y, aun a costa de permitir que la misma banda de aprovechados e inútiles se perpetuara en el poder, lo cierto es que el

país vivió sus años más prósperos gracias a la "locura" de Güemes y pudo escapar tanto de la crisis como de la pobreza, encauzando desde entonces un futuro más que prometedor para la mayoría. Una obra por la que mi padre, lejos de recibir el reconocimiento debido, sólo obtuvo desprecio y olvido.

Comprobado el grado de animadversión personal que Campoviejo sentía hacia él, que rozaba lo irracional, Güemes decidió aprovecharlo en beneficio propio. Ciertamente, no sabía si su estratagema iba a resultar, pero nada perdía por intentarlo. Sin embargo, los resultados fueron aún mejores de lo que se había atrevido a imaginar.

Fue un día histórico, aunque pocos se dieron cuenta de su relevancia. Se discutía la nueva ley de aguas que el gobierno pretendía imponer con su abrumadora mayoría en el Parlamento. Cuando Arístides Güemes se puso en pie todos los diputados aguardaban una diatriba tan incendiaria como inútil. Sus palabras, por el contrario, pillaron por sorpresa a amigos y enemigos:

-Me alegra que, por una vez, su partido –se refería al del gobierno, por supuesto, y se dirigía personalmente a Campoviejo-, haya encontrado la cordura y nos proponga esta Ley en la que no todo es despreciable.

A la breve pausa de Güemes la sucedió un absoluto silencio en el que pareció escucharse, como un grito, un inaudible "¡oh!" de absoluta incredulidad.

-Claro que, en su línea de tibieza –prosiguió Güemes ignorando los ojos como platos-, van a dejar la reforma a medias y sin sentido. Son ustedes unos cobardes, señor Presidente. Pero eso no sorprende ya a nadie. Inician una reforma pero no son capaces de concluirla.

¡Güemes animaba al gobierno a ampliar aquella ley sin sentido! Algunos oligarcas aplaudirían a Güemes, pero ni el gobierno pensaría seriamente en radicalizar aún más aquella mínima reforma que ya se intuía impopular. Por el contrario, el líder de la oposición, como si fuera un lunático, pedía una ley más restrictiva y parcial. Cada palabra que añadía a las anteriores cambiaba su imagen de hombre razonable y comedido por la de un fanático desatado. Güemes sabía que se la estaba jugando, pero ya no era tiempo de dar marcha atrás en su

órdago. Arístides Güemes se dedicó a pormenorizar detalles de la que pretendía sería la Ley de Aguas ideal. Cuando terminó, el hemiciclo seguía intentando recuperar el habla. Campoviejo, sin embargo, sonreía. Sólo más tarde consultaría a los ministros y a sus asesores. Sólo después solicitaría nuevos análisis e informes técnicos. Ahora se levantó, tomó la palabra y se limitó a responder a su antagonista con un lacónico:

-Me ha convencido usted: Ya no hay Ley de Aguas.

Ahora el "¡oh!", que había permanecido ahogado mientras Güemes hablaba, se desató de las gargantas y resonó con fuerza en la sala.

-Me ha demostrado usted, con sus argumentos, que nuestro proyecto carecía de sentido y, siendo humano el errar, ahora es tarea de nuestro gobierno preparar una nueva Ley de Aguas que, me temo, satisfará más al pueblo que la anterior y no casará con los intransigentes principios de su señoría.

Sin saber muy bien por qué, todos los diputados de su partido aplaudieron como locos a Campoviejo. Los del Pueblo observaban a Güemes sin comprender. Mucho le costaría después calmar sus ánimos. Si alguno se dio cuenta de sus intenciones, no lo manifestó. Tampoco nadie lo tachó públicamente de loco. Eso sí, mientras algunos se relamían esperando su oportunidad, Güemes tranquilizó a la mayoría de los suyos indicando que su nueva estrategia sólo pretendía demostrar que el actual gobierno carecía de personalidad y se movía en la más completa confusión de ideas, principios y acciones.

Ahora tocaba esperar a que el gobierno moviera pieza. Güemes fue paciente y capeó el temporal lo mejor que supo. Pero, al cabo de apenas dos semanas, el gobierno presentó un nuevo proyecto de Ley de Aguas, supuestamente basado en el anterior pero que, en realidad, era completamente contrario al primero y punto por punto antitético respecto de las tesis de Güemes. ¡Campoviejo había mordido el anzuelo! Al estúpido Presidente sólo le interesaba llevar la contraria a su rival y había obligado a los suyos a cambiar por completo el anteproyecto. Curiosamente, muchos técnicos apoyaron sin reservas la nueva versión de lo que, estúpidamente, Campoviejo se hizo eco en público, sin darse cuenta de lo que eso indicaba respecto de su

primera intentona de ley. La Ley se aprobó con holgura en el Parlamento. Güemes, sin embargo, estaba eufórico, aunque trataba de disimularlo ante los suyos. Con su absurda oposición frontal, con su maniqueo discurso, había logrado ver aprobada la Ley que él mismo deseaba, la que muchos técnicos siempre habían exigido de los sucesivos gobiernos. Campoviejo había jugado su juego y, de un modo rocambolesco, ahora Arístides Güemes sabía que, además de líder de la menguada oposición, en sus manos tenía, aunque sólo fuera en parte, las riendas del gobierno de la nación.

Durante más de año y medio el extraño juego entre Güemes y Campoviejo se repitió en el Parlamento. El Gobierno presentaba sus leyes, ejecutadas con más o menos buena voluntad pero siempre cargadas de defectos y errores. Güemes señalaba los mayores fallos como grandes y únicas virtudes de la ley en cuestión y añadía una docena de detalles con los que se podía "mejorar" todavía más. A nadie se le ocurrió pensar que el líder de la oposición bromease o hablara cargado de ironía. Todos, el primero Campoviejo, tomaron cada una de sus palabras como cosa seria y trascendente. Y, obviamente, a don Miguel Campoviejo lo que menos le preocupaba era lo acertado u obtuso de las medidas de su archienemigo. Tan sólo pretendía contradecirlo cuando, picado en su amor propio, forzaba a su partido a modificar el proyecto de ley para incluir todos los cambios necesarios para que el resultado fuera lo más opuesto posible a las propuestas de Güemes. Al cabo, con la ley modificada, el proyecto era aprobado en el Parlamento por la mayoría gubernamental, el voto de algún diputado representante de las minorías y, lo más sorprendente, hasta algún voto de las filas del Partido Para el Pueblo. Güemes, que habría sido el primero en desear que las leyes se aprobaran, se abstenía de mostrar el menor signo de complicidad o alegría. Hablaba en términos apocalípticos y gesticulaba supuestamente airado ante el desplante de ver todas sus enmiendas sistemáticamente rechazadas y sus apoyos ninguneados. Extrañamente, a nadie se le ocurrió pensar que aquello fuera pantomima. Las nuevas leyes, hechas "contra" el criterio de don Arístides Güemes eran sistemáticamente mejores que las primeras propuestas. Lo aprobado siempre resultaba depurado y mejorado con respecto al proyecto. Por eso recababan apoyos de fuera del partido

del gobierno. Y, sin embargo, Güemes, que tan feliz se sentía por sus éxitos, veía como dentro de su partido las críticas arreciaban, su nombre era puesto en entredicho y los pretendientes afilaban sus garras para despedazarlo. El todavía líder de la oposición hacía auténticos juegos malabares para justificarse ante los suyos y lograr un poco más de tiempo al frente del Partido Para el Pueblo. Sabía que, cuando lo apearan del cargo, su vida política habría concluido. ¡Pero había tanto que hacer todavía! Le preocupaba el futuro del país, no su gloria personal, y por eso peleaba por un año más, un mes o siquiera un día más al frente de la oposición, gobernando desde las sombras a través de la animadversión que por él sentía el torpe presidente Campoviejo.

Se aprobaron algunas leyes de vital importancia, las que sirvieron para encauzar durante casi una década el desarrollo y bienestar del país. Gracias a Güemes se apuntalaron los cimientos de la regeneración nacional que tan necesaria se antojaba. Se aprobó una nueva ley de empleo, hubo una reforma fiscal, una reforma agraria, un plan quinquenal para el Ministerio de Industria, se firmaron decretos sobre derechos civiles, se hicieron varias enmiendas sobre puntos conflictivos de la Constitución, se presentó un nuevo plan de enseñanzas, se presentaron diversos proyectos de infraestructuras. El país se había puesto en marcha, el gobierno era más popular que nunca y el presidente Campoviejo la figura más respetada del país. Por todo ello a mi padre se le terminó el plazo y fue desplazado de su cargo. Defenestrado, hundido, despreciado, borrado del organigrama del Partido, convertido en su vergüenza y anatema.

Güemes aceptó su martirio con resignación. Quizá, en privado, se permitió reclamar al Altísimo con una imprecación tipo: "Señor mío, Señor mío, ¿por qué me has abandonado… tan pronto?" ¡Aún restaba tanto por hacer! Pero su turno y su tiempo habían acabado. Mi padre se retiró de la vida pública. Y aun tuvo dificultades para regresar a su bufete y ejercer como abogado. Era tal su impopularidad que sus socios, muy amablemente, lo invitaron a abandonar la firma. Le ofrecieron una indemnización y Güemes no tuvo otro remedio que abandonar la capital y regresar a provincias. Montó un bufete en esta nuestra ciudad y con él nos vinimos todos los de su familia en

desértica peregrinación. Ahí terminó la historia de mi padre, ahí se apagó su luz y sobre él cayó el velo negro de la oscura y falsa memoria. Se le olvidó pronto y, cuando se le recordó, básicamente con motivo de su fallecimiento, se intentó suavizar, en honor de su reposo eterno, su "bochornosa actuación en el Parlamento como líder de la oposición". Así apareció en el diario de mayor tirada de nuestro país.

Pero la historia de Arístides Güemes no termina aquí. Porque su obra le sobrevivió. Quien así lo desee puede consultar las hemerotecas y los archivos del noticiario para seguir la pista a nuestro viejo amigo Campoviejo y a su "magnífico" gobierno. Durante algunos meses, las decisiones de Campoviejo parecieron seguir la senda del acierto. Las leyes aprobadas mientras aún se enfrentaba a Güemes mantenían la apariencia de control y proporcionaban éxitos al gobierno. El nuevo líder de la oposición, el más tarde afamado Cárdenas, todavía no tenía asentada su jefatura y alternaba las feroces críticas al gobierno para congraciarse con los suyos con las alianzas internas, por lo que el gobierno permanecía tranquilo, contemplando desde su éxito la reconstrucción del rival.

El último año de Campoviejo durante aquella legislatura fue, sin embargo, de lo más complejo. La inseguridad de los mercados internacionales, la huida de varios inversores y la ralentización de la economía y las reformas gubernamentales hicieron que la popularidad del Presidente y su gobierno decayeran ligeramente. No obstante, la inercia de los años anteriores le permitió afrontar la reelección con suficientes garantías de triunfo. Campoviejo ganó de calle las elecciones. El Partido Para el Pueblo repitió los resultados de las anteriores elecciones, si bien Cárdenas pudo mantenerse al frente de los del Pueblo aduciendo que tras la debacle anterior con Güemes como estandarte, ahora debían conformarse con no haber perdido aún más votos y haber logrado un pequeño repunte con un par de escaños más en el Parlamento. Fue una buena jugada y, al prometer éxito para las siguientes elecciones, tuvo la suerte de los triunfadores. Su promesa era, como casi todas las de los políticos, mera palabrería, pero el augurio se convirtió en realidad. Sin Güemes como contrapeso, con Cárdenas ejerciendo una oposición más sensata, Campoviejo y su gobierno no dieron una a derechas. Sin el contrapeso del odiado

archienemigo los Liberales navegaron a la deriva por las aguas de la política nacional y la internacional. Estuvieron a punto de estropear todo lo logrado durante los años previos. Al menos tuvieron la decencia o el buen sentido de adelantar las elecciones antes de que todo fuera a peor. Ello les permitió conservar bastantes escaños, aunque no la mayoría parlamentaria, que pasó a manos de Cárdenas, aunque hubo de aliarse con la minoría radical. Cárdenas era un ambicioso, pero era menos idiota y más práctico que Campoviejo, así que dedicó sus años de gobierno a apuntalar la situación del país, recuperando las políticas acertadas de la primera legislatura, indirectamente promovidas por mi padre, y así conservar su trasero sobre el sillón presidencial. Consecuencia: Cárdenas es un héroe nacional, poco menos que salvador de la patria, y mi padre es un don nadie al que mejor parece no recordar por no ensuciar la memoria de un muerto.

El lector puede juzgar lo que quiera de mis palabras. Puede pensar que todo es amor filial y nada hay de cierto en mi panegírico. O bien puede creerme sin más. Lo más sensato, no obstante, sería que analizase sin prejuicios todos los datos históricos. Que viera con ojos imparciales la caída de los del Pueblo, su precaria situación cuando mi padre los lideró. Las absurdas leyes de Campoviejo hasta que mi padre "enloqueció". El auge y caída de los Liberales y el resurgir de Cárdenas usando las leyes que mi padre inspiró a sus enemigos del gobierno. Para mí, para quienes de verdad conocimos a don Arístides Güemes, el análisis arroja una certeza: mi padre fue el verdadero salvador de la patria. Temo que nunca será considerado un héroe. Pero, cuando menos, me queda la tranquilidad de haber intentado limpiar su memoria y quizá conseguir que, cuando menos, algún lector bien informado, comprenda que, tras la fachada del lunático, se escondía la personalidad de un hombre íntegro, quizá el mayor hombre de estado que nuestra república ha tenido a su servicio. Honra al hombre y a la memoria de sus hechos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL VALOR DE LA IMAGEN

Hemos oído tantas veces eso de que una imagen vale más que mil palabras que tendemos a aceptarlo sin más, axiomáticamente, como una realidad sobre la que no cabe la menor duda u objeción. Al huir del análisis racional, tendemos a comportarnos estúpidamente. Y creo que éste del valor de la imagen es uno de los casos más típicos de general estupidez.

Sí, hay imágenes tan nítidas y cargadas de información que cumplen con el aforismo pero, por desgracia, y tal vez más en nuestro tiempo, encontramos a menudo otras tan vacías que sólo engañan o confunden. Aunque siempre, eso sí, suelen impactar y, por eso mismo, son tan utilizadas para embaucarnos mientras nos convencen de que nos muestran una realidad mostrada con los pelos y señales de cada píxel o punto de color sobre el papel.

No hablaré de todas las imágenes trucadas con las que nos bombardean. Si la imagen es falsa, con intención de engañar, pierde parte de su valor, si no todo, según el contexto. La modelo a la que se retoca cada detalle de su cuerpo o de su rostro. El famoso que se arregla con Photoshop lo que la naturaleza no tuvo a bien proporcionarle. La escena trucada para eliminar detalles desagradables, bochornosos o meramente prescindibles. No hace falta referirse a estas mentiras visuales para quitar valor a la imagen.

La imagen puede tener valor, pero no todas las imágenes. No basta con que sean visualizaciones de lo real. Tampoco con que sean una muestra de arte. Menos aún con que sean espectaculares o llamativas. Si la imagen ha de valer lo que mil palabras, deberá de ser una imagen con, al menos, la misma información que esas mil palabras.

Bien cierto que, en ocasiones, mil palabras o aun cincuenta mil pueden estar tan vacías de contenido como una página en blanco. Que se lo digan a los políticos o a algún que otro escritor de ésos de textos farragosos con una forma empalagosa y un contenido más bien dudoso, si es que queremos ser generosos con su obra.

Pero, otras veces, las palabras nos transmiten ideas. Y, si están bien entrelazadas, nos pueden mover a la acción, emocionarnos, absorbernos. También alguna imagen, pero no es, me parece a mí, tan habitual. Es cierto que un esquema ingenieril puede sustituir, y con

bastante éxito si el observador tiene buena visión espacial, a una larguísima explicación. Pero, para quien carezca de esa visión de lo tridimensional, el dichoso esquema será tan inaccesible como un jeroglífico maya. No olvidemos que el hombre, fundamentalmente, expresa sus ideas por medio de la verbalización. Nos pueden mostrar un sinfín de imágenes impactantes, sugerentes, llenas de datos, pero, cuando queramos transmitirle nuestra impresión al vecino, le hablaremos. Incluso alteraremos la imagen al describirla con nuestras torpes palabras. Así pues, ¿qué sentido tiene hablar del supremo valor de la imagen? Me resulta simpático –a veces, lo confieso, incluso bochornoso-, cuando un cultureta se pone frente a un cuadro –preferiblemente abstracto- a contarnos qué es lo que "se debería ver" o "cómo mirar". Si tanta información tiene la imagen, ¿a qué viene esa explicación? Lo visual debería hablarnos por sí mismo.

E igual sucede con esas famosas "performances", tan de moda hoy en día. A uno le impactan cuando las ve. Le llaman la atención y no puede evitar seguirlas con la mirada. Pero la mayor parte de las veces, si alguien no se lo explica, se queda con la sensación de haber observado una pantomima sin sentido. Yo, personalmente, tiendo a pensar que, siempre que se hace necesaria la explicación de lo que a uno le muestran como arte o espectáculo, es porque su valor es más bien relativo y la esencia se queda, básicamente, en pantomima sin sentido. Como en esa obra de teatro, "Arte", en la que unos gilipuertas admiran fascinados un lienzo en blanco. Valor de la imagen, ¡ja!

Y ver niños hambrientos o gente pasándolas canutas en una guerra nos puede afectar, emocionar, aterrar. Pero las descripciones de los sucesos siempre se terminan haciendo con palabras. O nuestro cerebro, cuando recibe las imágenes, tiende a explicárselas por medio de palabras, verbalizando lo visto. Entonces, ¿qué queda del valor de la imagen? ¿Qué imagen vale esas mil palabras y más? Probablemente la mayoría, pese a todo. El problema es que, al convencernos de su gran valor, damos por sentado que la imagen supera a cualesquiera palabras. Y no siempre es así. Somos seres visuales, nuestro sentido fundamental, como el de esos simios parientes nuestros que dependen de la visión en color y la estereoscopia para comer y desplazarse entre los árboles, sigue siendo el de la vista. Y, quizá por eso mismo, las

imágenes, los colores, los destellos, los adornos y las bonitas composiciones nos deslumbran. De ahí a pensar que las imágenes deslumbrantes están cargadas de contenido hay un largo trecho. Para muestra, echemos un vistazo al cine actual. La mayor parte de las superproducciones, la mayoría de los filmes que arrasan en taquilla, están llenos de imágenes espectaculares: explosiones, sangre, persecuciones vertiginosas, proezas atléticas, luchas inverosímiles pero, ¡ay, amigo!, también de ridículos fallos de guión. Si uno no se fija, que parece que es lo que se pretende, contempla el espectáculo y se queda tan feliz. Pero si uno no puede escapar a su mente analítica y trata de seguir el hilo –nunca mejor dicho, por tan tenue y fino- narrativo, se da cuenta del error y la película hace aguas y hasta mares.

Me temo que, con tanta atención a las imágenes, nos hemos olvidado de darles contenido. Y no es necesario que sea usando palabras. Hay imágenes que transmiten saber, ideas, sentimientos, belleza, horror. Pero, no nos confundamos, abundan más las que asaltan nuestros sentidos, bordeando nuestra inteligencia, y nos impactan con su vacío más absoluto.

No, no cualquier imagen vale más que cualesquiera mil palabras, ni cien, ni diez. Muchas imágenes, aunque puedan tener contenido, se podrían resumir en una sola y nítida palabra: huecas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

MENTIRAS Y ENGAÑOS

A Harald Sorensen no se le recordará por sus obras. Tampoco por su superior inteligencia. Ni por sus apasionantes viajes. Al antropólogo danés Harald Sorensen, muy probablemente, no se le recordará. Y punto.

Yo sí he tenido ocasión de leer varios datos acerca de su existencia y considero que hay razones suficientes como para recordarlo aunque, si deseáramos mantener su buena memoria, más valdría callar los pormenores de su vida, particularmente los que se refieren a su final. Vaya, que si alguien conoce a Sorensen o forma parte de su familia –más bien lejana a estas alturas, supongo- debería

dejar de leer estas notas porque me temo que el amigo Harald no va a salir muy bien parado en ellas.

Dicho así, cualquiera pensaría que este buen señor es una especie de monstruo terrible al que lo acompañan toda clase de crímenes sin el adorno de la más pequeña de las virtudes. Tampoco es eso. Sorensen no fue un monstruo ni quizá alcanzó el nivel de malvado. Todo lo más formó parte del numeroso grupo de los listillos, lo cual lo sitúa, como a casi todos los de su índole, en la gran cohorte de los estúpidos y los pardillos.

Como antropólogo el señor Sorensen no era gran cosa. Ni tenía una gran formación, ni un gran cerebro, ni tan siquiera la perseverancia que hace triunfar en la investigación a otros menos dotados que él. Tampoco tuvo tiempo, todo hay que decirlo, como para demostrar cuál era realmente su potencial. No en vano murió relativamente joven y después de venderse por una recompensa que no resultó tan suculenta como él quiso creer. Así que, empecemos con su historia.

Sorensen tenía treinta y cuatro años cuando empezó su aventura, que terminaría en desventura y desastre. En su Dinamarca natal nunca había ejercido como antropólogo, unos estudios que había desarrollado más por ocupar el tiempo y adornar su currículum que por verdadera vocación. Nada más concluir la carrera hizo un máster en Administración y Gestión de Empresas y, con un empujoncito de un familiar, entró a formar parte de la empresa en la que desarrollaría toda su carrera profesional: Escandia Papel. No muy conocida, lo admito, pero bien relacionada y con intereses comerciales en los lugares más insospechados. Sorensen era un mero administrativo, un ejecutivo de bajo nivel con más aspiraciones que talento. Siempre deseoso de congraciarse con sus sucesivos jefes, no se resignaba a su posición de subalterno ni al sueldo limitado que le correspondía así que, después de diez años de inútil servicio a la empresa, se presentó voluntario para desplazarse a la selva amazónica junto con el grupo de trabajo encargado de sondear las posibilidades de absorber una maderera local: Carvalho do Madeiras. Una empresa pequeña y desconocida que prometía materias primas sinnúmero a quien confiase

en ellos como socios. Y allá que se fueron los daneses y con ellos el dinámico señor Sorensen.

Si la empresa lo seleccionó, aunque él no lo supiera, fue por aquel viejo título universitario archivado en lo más profundo del más oscuro cajón del más lóbrego rincón de su casa. Los jefes de Sorensen sabían mejor que él dónde se metían. Comprendían que los de Carvalho no eran trigo limpio, que su madera no era certificada –no legalmente, al menos- y que el origen de su papel resultaba más que dudoso. Al margen de algunas extracciones legales, a modo de tapadera, los de Carvalho se colaban en zonas protegidas a sacar madera y también invadían terrenos tribales de protección más nominal que efectiva. Por eso, sabiendo que junto con sus socios podrían hacerse con una enorme parcela virgen de la que entresacar toneladas de madera de calidad, si es que no arrasaban sin más con la selva, quisieron mandar con el grupo a un entendido en la materia que pudiera servir de interlocutor con los pobladores originales del lugar, que nunca pensarían en sí mismos como dueños legítimos de ése ni de ningún otro terreno. La tierra que pisaban era para ellos, como para casi todas las tribus primitivas, de todos y de nadie a la vez, un bien que no estaba sujeto a ley alguna de propiedad y cuyo aprovechamiento, pese a todo, merecía la entrega de cualquier sacrificio. Se trataba de los otrora belicosos pundaqundi, a los que se relacionaba lejanamente con los afamados y terrible jíbaros.

Si Sorensen hubiera sabido de antemano cuál sería su papel, tanto podía haber salido huyendo por patas como, en plan actuación estelar, crecerse y aparentar suficiencia ante sus jefes como parte de sus méritos para el ansiado ascenso. No consta en archivo alguno ni circula ningún rumor acerca de la cara que se le puso al indicarle que él era el representante de Escandia ante los pundaqundi.

En honor a la verdad hay que decir que, si sus conocimientos en antropología eran casi nulos al cabo de tanto tiempo –seremos generosos y reconoceremos que, en algún momento, llegó a poseerlos-, demostró un inesperado don de gentes para con aquellas tribus. Acompañado de un guía y traductor local y junto con un leñador que trabajaba para Carvalho, un tipo malcarado y peor humorado de nombre Joao, con el que apenas intercambio palabra siempre que pudo evitarlo -aunque luego, a la postre, resultó ser un guasón que contó lo

sucedido a quien le quiso oír-, se presentó ante los pundaqundi y, sin que se sepa muy bien el cómo, les cayó en gracia y se convirtió en su amigo y huésped de honor.

No hay constancia de ello pero, por lo que se ha podido saber, Sorensen, contrariamente al carácter que se espera entre sus paisanos, era un bocazas, un exagerado farolero que, siempre que podía, se dedicaba a contar las bolas más impresionantes asegurando que eran verdades absolutas de las que él mismo había sido testigo. Vamos, que hasta podría haber pasado por sevillano. Lo curioso es que Sorensen, nada orgulloso ni pagado de sí mismo, pocas veces se tiraba los faroles acerca de sus propias vivencias, tal vez porque estaba seguro de que, si era él el protagonista de sus fantásticas historias, nadie lo habría podido creer.

Por lo visto, en las conversaciones con los pundaqundi, aquella batallitas se convirtieron pronto en auténticas guerras, en trolas descomunales e imaginativas que no había nadie que se tragase. Cuando Sorensen hizo referencia a la actitud de los pundaqundi acerca de sus "mentirijillas" se limitó a comentarla en su cuaderno de trabajo con un lacónico: "cualquiera diría que les divierten mis anécdotas, tanto más cuanto más exagero los detalles o, incluso, si las deformo y las vuelvo descabelladas". Casi sin saberlo, Sorensen había llegado al meollo de la cuestión. Como se pudo saber más tarde, años después de la muerte del danés, cuando ya todo se tranquilizó un poco, los pundaqundi valoran sobremanera las mentiras. Les parece un signo de amistad y de inteligencia el exprimirse la sesera para contarse los cuentos más increíbles. Tras escuchar sus historias, para lo que los varones cazadores suelen reunirse en pequeños grupos mientras fuman diversas hierbas, todos se ríen a carcajadas y se sienten hermanados, miembros de un mismo clan.

Harald Sorensen se los ganó en cuanto empezó a soltar sus bulos sin mayor recato. El traductor lo transmitía todo con detalle y el brasileño, Joao, que no entendía ni el mal inglés del danés ni el dialecto del guía, se mantenía a su lado con cara de palo. Más tarde confesaría que, terminadas sus entrevistas, le preguntaba al guía por lo hablado y luego se partía a solas de la risa. Sin duda que aquello habría sido digno de contemplar para el pobre Sorensen, pero el antropólogo

bastante tenía con camelarse a los pundaqundi. Tanto le gustó su papel de interlocutor que, durante los meses que allí permaneció, se tomó la molestia de aprender el idioma de los indígenas, para lo cual el guía se vio obligado a hacer horas extra que, a la postre, cuando Sorensen se vio capaz de hablar solo, por poco no le costaron el trabajo de traductor. Para él la suerte fue que otros necesitaban sus servicios y que Sorensen no duró demasiado como para hacerle la competencia.

Visto así, el amigo Harald parece simpático. Probablemente lo era, y también bobalicón. Pero cuesta creer que no estaba ni medianamente al tanto de los planes de su empresa para aquella zona. Los pundaqundi, reacios a tratar con muchos extranjeros, a él lo recibieron con los brazos abiertos. Sorensen se ganó el aplauso general de los directores de Escandia, todos muy satisfechos de su labor. Una labor que, obviamente, no sólo consistía en confraternizar con los indígenas. Eran necesarias unas buenas relaciones con aquella gente, pero tales relaciones no eran el objetivo último y fundamental de la empresa.

Entre chanza y chanza, Harald sondeaba a sus amigos acerca de los árboles más viejos de la zona, les preguntaba por las zonas más adecuadas para encontrar buena madera, troncos gruesos y caminos o veredas para acceder a esos lugares. Los pundaqundi, confiados, a todo le contestaban de buena gana. Sorensen no daba explicaciones muy convincentes, pero los indios se reían, pensando que aquello también era parte de sus bromas. El danés decía que le gustaba visitar esos lugares con sus amigos, que buscaba alguna hierba o algo de madera, lo cual no era del todo falso, pero sí estaba bastante alejado de la realidad. Por lo que luego se supo, por Joao y el guía local, del que no he encontrado el nombre, por cierto, es difícil pensar en Sorensen como un completo ignorante de los tejemanejes de se empresa. Podía ser un poco simple, pero tampoco tan pardillo ni tan tonto.

El caso es que, si Sorensen les mencionaba la hazaña de su amigo Viggo que se zampó siete pollos en una sola merienda, los pundaqundi se tronchaban de la risa y lo llamaban hermano, mientras le tendían un cuenco de bebida que el danés rechazaba aduciendo que estaba mal del estómago, y entonces los indios reían aún con más ganas. Si les hablaba del hombre que aguantó toda una noche

durmiendo bajo el agua sin ahogarse, los indios reían a mandíbula batiente mientras le ofrecían una pipa de olor dulzón a la que llamaban kachachi y de la que el danés sorbía con gusto, con el resultado de terminar colocado, contando bolas aún más impresionantes y con los pundaqundi llorando sin poder contener las carcajadas y pidiéndole que se quedase con ellos. Hasta que un día en el que el danés no creyó hacer nada malo, se los encontró de camino a su poblado, armados y con cara de pocos amigos, por lo que luego se pudo colegir.

-Nos has engañado –aseveró el jefe de los pundaqundi.

Pues claro que los había engañado. ¡Vaya novedad! Pero los indios no bromeaban.

-Nos mentiste tan bien que te consideramos un verdadero hermano. Pero todo era para engañarnos, y eso los pundaqundi no lo perdonan.

Así que, allí mismo, y sin que el danés pudiera defenderse –o así lo confesaron los indios cuando, durante la investigación, un policía local y el guía les pidieron explicaciones-, lo golpearon con sus cachiporras hasta matarlo y lo trincharon como a un pavo antes de dispersar sus restos por el terreno como signo de advertencia a los enemigos y traidores.

Más tarde se supo que los pundaqundi consideraban la mentira un signo de amistad y confianza. Las fábulas más increíbles eran bien recibidas y hasta alabadas. Los verdaderos amigos se mienten y bromean entre ellos. Pero, por eso mismo, no se comprende la mentira con intención de engañar, es algo tan malintencionado que no se entiende entre amigos y hermanos. Los miembros de un clan comparten los cuentos y las mentiras pero, a la vez, destierran el engaño de su comunidad. Así que, cuando Sorensen les contó sus bulos lo aceptaron con la mayor confianza pero, cuando comprobaron que los engañaba al preguntar por su madera, cuando en vez de un amigo era un traidor que les quería robar, lo castigaron como se castigaba a los enemigos y a los criminales entre los de su etnia: con la muerte a golpes y el descuartizamiento.

Desde entonces se han mostrado hostiles con cualquier visitante, incluso con el oficial de justicia que realizó la reconstrucción de los hechos, y, siempre que han podido, han evitado que un

extranjero entre en sus bosques, sea para pasear, buscar hierbas o cortar árboles. No porque sean suyos, sino porque no desean ver al enemigo entre ellos. No se los procesó, por supuesto. Mejor dejarlos tranquilos y robarles lo suyo de maneras más sutiles que la confrontación directa. Obviamente, la resistencia de los indígenas poco tiene que hacer para detener el "progreso".

A Sorensen su empresa le dedicó un bonito funeral, en ausencia de su cadáver, que cabe pensar se pudrió en la selva y sirvió de pasto para carroñeros y gusanos del lugar. Luego se olvidó de él y de su infructuosa empresa ultramarina. Mejor quedarse con los bosques de sus vecinos suecos o fineses. A Sorensen lo lincharon y, tras unos minutos de dudosa gloria como protagonista de notas marginales en noticiarios y periódicos, se le olvidó por completo. Quizá hasta se lo merecía, pero si todos los cuentistas y pringados como él recibieran en nuestro mundo el castigo ejemplar que aplican los pundaqundi en estos casos, el mundo quedaría más bien despoblado y vacío.

Euforia de Lego

DEMOCRACIA

Las grandes frases, las palabras altisonantes, tienden a captar nuestro espíritu más que las grandes ideas o, mejor aún, los grandes hechos. Así nos va. Al cabo del tiempo permanecemos presos de nuestros hermosos decorados verbales. Presumiendo de democracia y padeciendo, bien lo sabemos muchos, este triste sucedáneo suyo. Tampoco me voy a deprimir por ello. Me temo que la democracia, la idea de democracia tal y como nos la venden, es más bien impracticable e ideal. Lo terrible es la falacia de hacernos pasar un gobierno deplorable por lo que no es y que encima nos inviten a sentirnos orgullosos de formar parte de tan "maravilloso" sistema.

Probablemente Churchill tenía razón cuando decía aquello de que "la democracia es el menos malo de los sistemas". Claro que no es decir mucho ni resulta particularmente tranquilizadora tal asunción. Menos aún si uno comprueba cada día como la bonita idea de democracia se desvirtúa cada vez más mientras unos cuantos, o unos muchos, vocingleros se desgañitan tratando de convencernos –y

muchas veces, ¡ay!, con éxito- de que vivimos en el mejor de los mundos posibles y guiados por el más adecuado de los gobiernos. Nos hablan de Libertad, de Justicia, de Orden, de Seguridad, de Unión, de Solidaridad, de Liberalismo. Las grandes palabras. Y nos venden triste y sucia demagogia que tendemos a tragarnos con una sonrisa de complacencia. Si fuera derrotista, diría que qué otra cosa podemos hacer. ¡Jodidos pero contentos! Pero no lo diré. Aunque sea derrotista, prefiero la pataleta, que me resulta mucho más liberadora y, cuando menos, me descarga un poco de las tensiones que me crea la reconcentración de tanta mala sangre.

Nos hacen creer que tenemos capacidad de decisión y es cierto, pero sólo en una intrascendente medida. Uno siempre tiene capacidad de decisión. En cualquier situación. Hasta tiene la potestad de plantarse y decir: hasta aquí hemos llegado. Aunque no sirva de nada. Incluso, llevado al extremo, uno tiene capacidad de decisión, o eso quiere creer, sobre su propia vida y el instante de su muerte. Como potestad es cierto, pero en la mayoría de las situaciones, llegado el caso de decidir, nos vemos maniatados, sin preparación y pillados con el culo al aire, de modo que sólo queda decir: ¡allá voy y que sea lo que Dios quiera!

Podemos votar, elegir representantes y gobernantes. Tal parece pero, ¿realmente podemos? Más bien escogemos entre cuatro tipos que nos ofertan. Yo puedo votar por quien me dé la gana, obviamente, pero sólo unos cuantos pueden influir en el gobierno del país y, por desgracia, todos participan del mismo o parecido juego, con que uno acaba por escoger al que considera menos malo, o menos nefasto. ¡Menuda capacidad de elección! Para remate, ni quien se presenta ni quien vota tiene que demostrar valía en grado alguno. Mucho se habla de la responsabilidad del voto y, a la postre, resulta que cualquier pelanas puede presentarse y ser elegido y cualquier tontaina tiene la misma capacidad de elección. Nos dicen que esa es la gracia de la democracia. Todos iguales. Bueno, eso parece. Si yo me presento voy de cráneo. O tengo padrinos y paganinis que me respalden o no me voy a comer un colín. Así las cosas, todos acabamos convertidos en peleles. El político preso de sus servidumbres y el votante de su ignorancia o del sistema en el que todos estamos

encerrados. Al fin y al cabo, nuestra demagogia de bonitas palabras no es más que una oligarquía plutocrática en la que gobiernan cuatro gatos forrados. Y si fueran meros tiranos la situación no sería tan penosa, pero hemos llegado al punto en el que el poder se ha despersonalizado por medio de multinacionales que son las que realmente gobiernan para beneficio de los ricachos, que ya no tienen que dar directamente la cara ni tomar las decisiones impopulares. Todo se decidirá en aras de la economía y el mercado, como nuevos dioses de la era contemporánea. Como esta "novedad" de dar dinero a los bancos para que no se "hunda el mundo". Nos roban aún más y es por nuestro bien, no por el de los que previamente nos han sonsacado los cuartos. En fin…

El caso es que, servidumbres aparte, un político no está obligado a demostrar ninguna valía o capacidad. Lo escogen entre los suyos y nos lo presentan. Que no sabe hacer la "o" con un canuto, ¿qué importa? Así estará más próximo al pueblo embrutecido. Es curioso que cualquier pelagatos –funcionario o interino- del Estado debe realizar, cuando menos, unos exámenes de oposición o unos psicotécnicos antes de ser admitido en el gremio. Si eso nos lo venden como justo –lo sea o no-, ¿a santo de qué uno puede gobernar los destinos de la nación o del mundo sin demostrar la menor cualificación? Eso no es democracia, sino locura. Con el absurdo de decidir por decreto que todos somos iguales, nos dan a todos los mismos derechos y "oportunidades". Iguales ante la ley, con las mismas capacidades, son frases que suenan bien. Pero nos dan un voto, nos vuelven estúpidos y nos esclavizan con unas estructuras socioeconómicas que nos superan de modo absoluto. ¡Menuda libertad! Así resulta que, sobre cualquier tema, de mayor o menor trascendencia, valen tanto el voto del inculto como el del experto, el de quien se deja manejar como el de aquél que se opone a todo sin razón. ¡Ah, es que el experto es quien me gobierna! Sí, hombre, el mismo tipo que, aunque no sepa hacer la "o" con un canuto ni tenga la menor cualificación ha sido elegido por sus colegas de partido para dar la cara. Y ni siquiera dará la cara por el partido sino más bien por las empresas y los poderes que lo sostengan en el cargo. Queda bonito convencer a la gente de que es ella la que gobierna, pero el político

sabe bien a quién le debe las habichuelas, y no es al votante, claro está. A algunos sólo les faltaría lucir en su ropa los eslóganes y logotipos de las empresas patrocinadoras, como los deportistas de élite. Aunque con el tiempo, todo se andará. En vez de hombres anuncios por la calle, puestos en duda, al menos en Madrid City, quizá veamos a presidentes luciendo los colores de su *sponsor*.

Para remate, en este mundo de locos, de piquitos de oro y cazurros borreguiles aplaudiendo y alabando las propiedades beatíficas del sistema, nos vienen los economistas –alma máter de todo el tinglado- con sus recetas de gurú. "Es la economía, imbécil", que le repetían, como el esclavo al persa respecto de los atenientes, los colaboradores a varios candidatos y presidentes norteamericanos en diversas elecciones. Nos venden la economía como ciencia y nos convencen de su exactitud y precisión matemáticas. Con fórmulas y modelos, nos embrollan. Con trajes de lujosa elegancia nos convencen de ser próceres, personas de bien. Algunos mejor harían en colocarse el traje de piratas. El caso es que, con su pseudociencia justificadora, nos venden lo que quieren y nos dan por donde amargan los pepinos al par que recitan la tranquilizadora cantinela de que es por nuestro bien, justo y necesario, como el cura en misa. Quizá si fueran científicos de verdad podrían optimizarnos la economía y la política. Pero claro, eso requeriría normas y control, verdaderas leyes. Por desgracia los científicos de verdad no se meten en este mundo corrupto y sin solución sino en el laboratorio, aunque de él salgan nuevos medios para utilizar por el sistema.

El pueblo cada vez más idiotizado y los poderes cada vez más nítidos y, pese a todo, invisibles y desapercibidos para la mayoría. Demagogia en vez de democracia. Líderes de escaparate. La economía gobernando el mundo y una panda de desalmados forradísimos gobernando la economía, la madre del cordero de nuestras plutocracias. No gobiernan nuestros votos, no. Gobierna la sacrosanta economía, "ciencia superior", al margen de la moral, orgullosa de permanecer ahí, y capaz de autojustificarse por sus resultados globales –los bonitos números de la macroeconomía- y no, nunca, por los beneficios –es un decir- que proporciona a la humanidad y cada uno de sus miembros.

Democracia, ya sabes. Tú votas y ellos te mandan a la puta calle sin contemplaciones. Pero es por tu bien, no llores y da las gracias de vivir en el mejor de los mundos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PREMIOS

Confieso que la crisis económica no me afecta. Pero en estos tiempos de ambiente enrarecido acuden a mi mente las más brillantes ideas comerciales, ideas que podrían convertirme, a no mucho tardar, en un multimillonario a la altura de los más encumbrados banqueros y empresarios de nuestro tiempo.

Me fascina ver a la gente fascinada por las máquinas. Cualquier máquina, en cualquier lugar. Somos como esas aves sólo curiosas a medias que se dejan deslumbrar por lo que brilla y llenan sus nidos de baratijas absurdas como envoltorios de papel de plata o plásticos y vidrios de colores.

Los seres humanos también nos dejamos deslumbrar. Por la imagen, por las palabras. Pero igualmente por el crujido de un cereal o una chuchería en nuestra boca, por un ritmo, por un juego de luces, por una mezcla de todo ello y, más aún, por varios estímulos de los anteriores acompañados del tintineo de monedas en las máquinas tragaperras. Me siento incapaz de entender a esos individuos, sean empresarios encopetados o mujeres que vuelven de hace sus compras diarias, que se dedican a introducir monedas por la ranura totalmente absortos, quizá con la esperanza de que algún día les devuelva algo de calderilla con la que poder volver a probar suerte. Yo mismo, aun sin comprenderlo, me gasté la mitad de mi paga frente a las luces y la música de una tragaperras hasta haber perdido el último chavo. ¡Me sentí ludópata! Aunque no comprendí por qué lo hacía.

No volví a desperdiciar de ese modo el dinero ni mi talento. En tales circunstancias tuvo su origen mi gran idea y, desde entonces, cuando he jugado a las máquinas, ha sido sólo como parte del método experimental.

Estoy de acuerdo con los resultados de los estudios de mi buen amigo Grogrenko. No me cabe duda de que, tal y como el gran

genio reflejaba en las cuatro mil páginas de su magna obra "Ludopatía, pipas y complejo de Edipo", la raza humana obedece a un instinto atávico cada vez que se enfrenta a la esquiva Fortuna. Hay quien resiste la tentación, pero no son pocos, sino mayoría, los que se ven forzados a jugar, impelidos, arrojados a la vil apuesta, a introducir su bien más preciado en la ranura y hacer uso de la palanca, o botón, para alcanzar el éxtasis entre un sonido de alegres cascabeleos y luces psicodélicas –quizá mi admirado Estulin también apreciaría en el ritual la huella de una mano negra guiando voluntades ajenas-. Es imposible luchar contra lo inefable, lo inevitable e ineluctable. Para aquellos que se rinden a la diosa Fortuna y sus agridulces dones sólo queda seguir jugando hasta perder la cartera, la camisa, el pantalón y la vergüenza.

De ahí mi brillante idea. Que, lo admito, surgió como mero experimento mental pero, convencido de su eficacia práctica, me decido a ponerla en conocimiento de posibles inversores -¿jugadores de ventaja?- que quieran aprovechar las debilidades ajenas para vencer en la dura lucha por la existencia a la que todos estamos desde siempre condenados aunque sólo lo admitamos –y no todos- desde las conjeturas del ateo Darwin.

Sin más preámbulos les presento la idea que puede ganar cualquier premio nacional o internacional para emprendedores y empresarios con un par de gónadas que animen su voluntad.

Sería más provechosa una colaboración entre varias compañías, pero un único valiente podría llevar a su negocio a la cumbre y luego diversificar producción y beneficios.

Mi gran hallazgo mental es convertir las máquinas expendedoras en máquinas tragaperras para así captar la voluntad de todos esos idiotas que se quedan obnubilados ante la perspectiva del improbable y devaluado premio.

Basta con pensarlo seriamente para darse cuenta de sus casi infinitas posibilidades. El fumador que se acerca a la máquina expendedora de tabaco. Nervioso, más de lo habitual por la abstinencia, introduce la moneda. Con emoción y esperanza. Quizá esta vez le toque el premio gordo y la máquina le suelte un cartón. Tal vez no sea tanta su fortuna pero la cajetilla le salga gratis y la máquina le devuelva todo el dinero o, mejor aún, le otorgue una propina. Pero no.

La máquina se ha quedado con su justo precio. Al menos no se ha tragado el dinero, como en otras ocasiones. El que juega sabe que puede perder. Y la máquina está programada para tragar en ocasiones el dinero sin dar nada a cambio, salvo un poco más de inquietud y ansiedad. Otra moneda, otra esperanza y, sólo tal vez, ahora se recibe la cajetilla deseada. Con o sin propina añadida. Puedo imaginarme al fumador vicioso de las tragaperras plantado ante la máquina venga a gastarse los cuartos. Con diez cajetillas en la mano pero aún ávido de más emociones. Ya no es el tabaco lo que le motiva, sino sólo el juego, el roce leve de la suerte tras un nuevo coqueteo con la esquiva fortuna.

Cuando me pongo, se me escapa la vena poética que creía olvidada.

Puedo imaginar al chiquillo pidiendo a su padre una nueva golosina y al padre que, tras hacerse rogar, se engancha a la expendedora-tragaperras y se queda allí media hora, ante el beneplácito asombrado de su chiquillo, venga a echar dinero mientras, a cambio de unas golosinas, buena parte de lo atesorado en la cartera se esfuma ante sus ojos desesperados y ambiciosos.

Incluso convertiría las máquinas dispensadoras de billetes de transporte en nuevas tragaperras. Las máquinas de refrescos, las del agua o el café de oficinas y hospitales. Las canceladotas de billetes del metro o el autobús. "¡Ha ganado usted…!", o bien, "Billete no válido, debe introducir un nuevo billete".

Las posibilidades son interminables. En las oficinas públicas, ante los arduos, eternos y complicados trámites, muchos habría que maldecirían cuando el ordenador les dijera que debían presentar de nuevo la documentación. Pero, en vez de irse o reclamar, volverían a echar suertes con la esperanza de que el impuesto o la multa les fueran anulados, con la insospechada esperanza de que el ayuntamiento les pagara la obra para la que piden una licencia o Hacienda les devolviera aumentado el dinero que antes les pedía.

¡Hasta en las parroquias pondría cepillos-tragaperras! ¡Cuánto mejorarían con ello las finanzas de nuestro depauperado clero!

¿Soy un genio o no? Creo que hasta mis más descreídos detractores rechinarán los dientes ante mi superioridad intelectual y mis dotes financieras.

Mañana mismo elegiré, con regocijo, entre los múltiples inversores que, leída esta nota, se agolparán ansiosos como ludópatas ante mi puerta. Pero no hay prisa. Mi idea esta registrada y hoy quiero descansar. Dulces sueños, queridos amigos.

Narciso de Lego
(sucesor patrio de don Guillermo Puertas)

MI VIDA POR UN TUBO

Siglos de búsqueda y espera para que, al cabo, el encuentro se produjera del modo más inesperado y sin que el descubridor tuviera la menor curiosidad o deseo, a priori, de contactar con nadie, menos aún con aquella gente.

Simao Branco era minero. También era, o había sido, muchas otras cosas. Pero si se encontraba cerca de aquel asteroide, pilotando la lata de chatarra a la que llamaba nave espacial, era sólo por la pasta que pensaba encontrar en aquel lugar. Los sensores indicaban presencia de metales pesados. Podía haber sido cadmio, cromo, plomo, uranio, platino… Había resultado oro. Y aquello era una gran noticia. Desde lejos era difícil realizar un espectro fiable de la composición, al margen del cálculo de la densidad de aquel pequeño objeto en órbita excéntrica entre la Tierra y Marte. Tal vez pertenecía, pese a todo, al grupo de Apolo, pero era demasiado pequeño como para haber sido catalogado.

Sólo un cúmulo de afortunadas circunstancias le habían permitido a Simao tropezarse con aquel tesoro en mitad del espacio. Lo más probable es que, de otro modo, nadie nunca hubiera llegado a saber de su existencia. Salvo que, en una de sus órbitas solares, aquel pedrusco se hubiera acercado a la Tierra lo suficiente como para ser capturado por su gravedad. En ese caso habría descendido oblicuamente sobre el planeta, desintegrándose, o casi, al contacto con la atmósfera y dejando, como única huella de su paso, la efímera estela de una estrella fugaz algo más brillante de lo normal mientras

toneladas de oro pulverizado se vaporizaban y llovían sobre el terreno dispersas como una lluvia de estrellas sin importancia.

Pero no fue así. Simao Branco iba camino de Júpiter, dispuesto a explorar unos asteroides prometedores del grupo de los Troyanos. Por un soplo, más o menos fiable de su amigo Ruy Silva, al que, casualmente, encontró en una taberna de la estación lunar. Simao cargó de pertrechos su nave. La programó con unas coordenadas espaciales menos concretas de lo que habría deseado, e inició su periplo. Con tan mala fortuna –así se lo pareció en principio- que su trayectoria fue a cruzarse con la de un pequeño objeto rocoso en mitad de ninguna parte. Un breve análisis de la piedra le hizo cambiar el gesto. Ya que estaba obligado a desviar su ruta y retrasar el viaje por culpa de aquel diminuto contratiempo, no se perdía demasiado comprobando si los datos de densidad de aquella porquería de asteroide se correspondían con algún metal de interés económico que justificara alterar los planes. Y, ¡bingo! El asteroide molesto había resultado estar lleno de oro hasta arriba, una mina de oro flotante, contante y sonante. Aunque su nítido sonido no tenía atmósfera en la que propagarse, sí se transmitía, y adecuadamente amplificado, en la fértil imaginación de Simao.

La situación ya era, de por sí, extremadamente asombrosa. No es común encontrar tesoros por casualidad. Pero Simao aún no lo había visto todo. Lo más increíble estaba todavía por suceder. Cuando uno viaja por el desierto estelar, fuera de cualquier ruta conocida o mínimamente utilizada, tiene por cosa segura que no va a tropezarse con nadie. Más sorprendente es aún encontrarse con alguien que no sea humano y convertir el tropiezo en el primer encuentro en la tercera fase de la historia de la humanidad. Pues eso fue, precisamente, lo que le sucedió al bueno de Simao Branco. Sin comerlo ni beberlo, él, que sólo deseaba hacer fortuna como minero, se convertía en el primer humano en contactar con un alienígena y en embajador de la raza humana ante los marcianos.

Simao se limitaba a explorar su asteroide. Se había acercado lo suficiente a la mina de oro como para verla con sus propios ojos, sin recurrir a los sistemas de la nave. De cerca no impresionaba demasiado. No poseía el color dorado brillante que el señor Branco

soñaba, sino el ocre sucio habitual en muchas rocas. Se puso su traje espacial, programó el computador de abordo para mantener la nave unida por un cable al asteroide –habría que buscarle un nombre, y Simao iba repasando en su memoria referencias familiares con las que bautizarlo- y comprobó los sistemas de supervivencia de su equipo autónomo: oxígeno, filtros, depósitos, energía de la mochila. Todo perfecto. Se ajustó el cinturón de exploración, pasó a la cámara de vacío y, tras la breve espera del vaciado a la que sucedieron el más completo silencio y el encendido de una lucecita verde, salió a la inmensidad del espacio, un infinito negro punteado de blanco que marearía a cualquier persona lo bastante insensata como para prestarle atención. Nuestro hombre, por el contrario, asumió la actitud del profesional y se comportó con mayor sensatez. Había que ser práctico, y la única razón para salir al exterior era la de comprobar in situ las características de la roca y, de paso, tomar una muestra del oro que el espectrómetro había determinado en el análisis efectuado. Fijando la atención en la roca todo era más sencillo, más concreto y limitado. Quizá por ello mismo tardó un instante más de lo debido en apercibirse de su presencia. Por eso el susto fue mayor, el grito más estridente y sus pulsaciones, debidamente monitorizadas por los sistemas de mantenimiento, más aceleradas.

-¿Quién es usted? –sonó entonces en sus oídos con dicción y acento propios de un narrador de documentales.

Simao estiró tanto el cuello que pensó que iba a romper el traje y sus ojos se salieron tanto de sus órbitas como si el aire hubiera escapado por completo de su escafandra y el vacío tratara de absorberlo. Ante él se hallaba la criatura real más extraña que había visto en su vida. Porque supuso que era real. Si hubiera sido una película de Hollywood o un programa de holovisión, el extraño ser no le habría llamado la atención en absoluto. Pero estar en mitad de ninguna parte y toparse con aquella rana gigante, azul, de aspecto estilizado y etéreo, que, para remate, le hablaba, o tal vez se comunicaba telepáticamente con él, era más de lo que un aguerrido minero del Cinturón de Asteroides estaba preparado para soportar. A punto estuvo de desmayarse. La cabeza le daba vueltas y su boca seca

parecía incapaz de articular una sola palabra. Sin embargo, habló. O más bien soltó cuatro palabras inconexas intercalando entre ellas absurdas pausas de silencios que sólo le servían para tratar de recuperar el resuello:

-Yo… Simao… Humano…Terrícola…

Y al pronunciar la última palabra señaló vagamente al puntito brillante que suponía que era la Tierra. La rana no dijo nada, ni se movió. Aunque Simao escuchó, o vislumbró, o percibió de algún modo un gesto afirmativo, de comprensión, del extraño dentro de su propio cerebro.

-¡Ah, humano! –creyó oír. Y, tras ello, una sucesión de imágenes que describían el extraño y remoto lugar de donde venía el alienígena, la visión de una cultura superior, de una gente hipertecnológica y un mundo antiguo y lejano.

-Paz… Amigo… -añadió torpemente la lengua trabada de Simao.

Curiosamente, Simao Branco estaba más sorprendido que asustado. La situación, claramente, le desbordaba pero, de algún modo, el alienígena le transmitía una sensación de tranquilidad que impedía cualquier tipo de histeria o pánico.

El alienígena no se presentó. Se limitó a repetir, en su cerebro y sin vocalización, la palabra "paz" y le invitó a seguirlo.

-Es sólo un momento. Quiero presentarte a los míos y que te conozcan.

Quizá el aspecto de la rana azul era más ridículo que amedrentador. Iba casi desnudo, salvo una toga blanca, estilo romano, que apenas le cubría el torso y el comienzo de las larguísimas piernas. Que un ser cualquiera pudiera soportar las temperaturas del espacio exterior y no se viera afectado por el vacío, que no necesitase aparato de respiración ni traje espacial, ni tan siquiera un mecanismo extracorporal para su transporte, convertía a aquel tipo en alguien extraordinario. Debía de tratarse de un ser superior ante el que el miserable humano no pasaba de simple sabandija y, sin embargo, Simao, lleno de orgullo, aceptó seguirlo, como representante de la raza humana ante el resto del Universo.

La rana, sin inmutarse, comenzó a avanzar hacia la roca. ¿Es que aquella gente tenía montado un chiringuito en mitad del asteroide, es decir, de ninguna parte? ¿O su nave se hallaba justo detrás de él? Por un momento Simao sospechó que las lecturas acerca del oro y la elevada densidad se debían a que la rana azul venía en su impresionante nave espacial dorada de ricacho espacial. Pero no fue así. Tras la roca sólo se hallaba el vacío, hacia donde el alienígena empezó a dirigirse.

-No temas –le dijo, leyéndole el pensamiento-. Aquí está el enlace con mi mundo y mi gente.

Efectivamente, el marciano se metió por lo que parecía un túnel refringente en mitad de la nada. La escasa luz del firmamento se doblaba de un extraño modo al aproximarse a aquel punto del espacio, como si hubiera una fuerza capaz de atraerla hacia allí. Al acercarse al túnel, Simao comprobó que era más amplio de lo que aparentaba. Aparecía lleno de rugosidades irisadas. ¿Sería aquello uno de los famosos agujeros de gusano a los que se referían los teóricos y que nadie había encontrado hasta el momento? Bueno, no al menos de un tamaño practicable. Sea como fuere, Simao se introdujo en el agujero en pos del alienígena. ¡Aquél era, sin duda, el instante más importante de su vida! Nunca habría imaginado convertirse en el primer humano en contactar con los marcianos. Sería famoso, su nombre pasaría a la historia. Tal vez, incluso, se haría rico. Pero lo mejor de todo era la perspectiva de una experiencia increíble por la que muchos de sus semejantes habrían dado, gustosos, la vida entera.

Una vez dentro, el aspecto del túnel cambió. Ya no se veía el espacio exterior. Daba la impresión de que aquello poseía verdaderas paredes, sólidas y de algún tipo de vidrio o material plástico. Incluso había una especie de cuerda sujeta a la pared por medio de pasadores, sin duda prevista para agarrarse e impulsarse por la galería. El marciano estaba delante de él, aguardando.

-¡Sígueme! –lo animó y empezó a avanzar por el tubo adelante.

Simao se agarró a la cuerda y la usó para darse un ligero impulso hacia delante. En ausencia de gravedad, pronto se vio impelido a una velocidad considerable tras el alienígena azul, que, decidido a

alcanzar su destino lo antes posible, ya no se detuvo a esperarle ni le envió ningún otro mensaje telepático.

Al principio Simao avanzaba todo lo tranquilo que un hombre, incluso uno por lo general tan indolente como él, podía ir en tales circunstancias. Una ocasión histórica. Un primer contacto alienígena. Visitar su estación espacial y conocer a otros seres del espacio. ¿Qué pensarían? ¿Qué esperarían de él? ¿Qué opinión les causaría? Toda una vorágine de pensamientos, casi siempre en clave de interrogación, acudía a su mente en tropel. Estaba excitado, nervioso, inquieto, pero no asustado. No al principio.

Cuando el tiempo transcurría y el túnel no se acababa, Simao empezó a preocuparse. No era una inquietud seria. La situación no era en absoluto apremiante. Pero le parecía incómodo tener que desplazarse por aquel túnel y por sus propios medios cuando podían haber hecho el recorrido en la nave espacial y sin tanta pérdida de tiempo. Resultaba monótono y aburrido deslizarse por el tubo que se retorcía una y otra vez, indistinto e interminable.

-No falta mucho –resonó entonces la voz del marciano en su mente, como si telepáticamente hubiera leído sus pensamientos y la pregunta no formulada al respecto.

Simao respiró aliviado. Tanto que relajó un poco los esfínteres y la orina, largo tiempo retenida, se deslizó por la cánula del traje de vacío. Por cierto, que sentía un poco de sed y, cosa curiosa, una punzada de hambre, tan característica en él cuando se empezaba a sentir nervioso. Aunque, más que nada, lo que se sentía era impaciente. ¡Vaya rollo de trayecto! Claro que no iba a protestar. No sería educado por su parte. No conocía las costumbres de aquella gente y quizá para ellos el paseo era un requisito imprescindible para ser presentado en sociedad. Lo principal era que se trataba de seres amistosos, deseosos de entablar una relación más profunda con la humanidad y, por casual que hubiera sido la elección del interlocutor, Simao Branco era el representante de toda la raza humana ante aquella civilización extraterrestre, la primera conocida por el hombre.

"¿Y si aquello era una broma?", pensó de repente. Y la idea, como un fogonazo, se tradujo en un escalofrío de inquietud que le

recorrió todo el cuerpo. Pero no, no podía ser. Los bromistas humanos no eran capaces de leer el pensamiento ni comunicarse por medio de ondas –o lo que aquello fuera- telepáticas.

Ahora el trayecto era más monótono. Las curvas y lazos habían dado paso a una recta interminable por la que ambos viajeros se desplazaban. La perspectiva del conducto aparentemente infinito ante sí le dio un vértigo repentino, semejante a los mareos que, de niño, lo aquejaron en la Tierra cuando viajaba.

-¿Falta mucho? –se oyó preguntar a sí mismo al cabo de otra hora de aburrimiento, con una voz que parecía más la de un crío caprichoso que la de un aguerrido explorador espacial.

-No –resonó la dulce voz de la rana azul en su mente-. Pronto llegaremos a nuestra base y te presentaré a mis compañeros y amigos. Les alegrará mucho conocerte. Nos aguardan con impaciencia.

Simao permaneció tranquilo durante unos breves minutos. Cuando éstos transcurrieron y vio que el destino no llegaba, permaneció intranquilo durante otros tantos largos minutos que transcurrieron como un tiempo mucho más prolongado. Finalmente, cuando vio que el marciano no daba señales de vida: ni voz, ni telepatía, ni movimientos, como si estuviera dormido o muerto, empezó a ponerse histérico y así se mantuvo durante lo que le pareció una auténtica eternidad, sólo acompañada por el rítmico latir de su corazón y el desacompasado rugido, cada cierto tiempo, de su estómago hambriento e intranquilo.

Simao consiguió articular una nueva pregunta en voz alta, pero esta vez el alienígena no respondió. El humano, cada vez más asustado, se afanó por incrementar su ritmo de marcha, tratando de alcanzar a la rana que estaba por delante para asegurarse de que no se había muerto y le había dejado tirado en el espacio. Con gran esfuerzo, logró ponerse a su nivel y comprobó que el punto que aún seguía a lo lejos se aproximaba hasta convertirse en el ser con el que había contactado o alguien tan semejante a él como para parecer su hermano gemelo ante los ojos inexpertos de un pobre terrícola asustado. Lo llamó, lo agitó, pero la rana no respondió. Ahora sí desesperado, Simao sopesó la posibilidad de regresar por donde había

venido. Pero dedujo, con espanto, que aquélla no era la mejor idea posible. Para empezar, llevaba tanto rato de marcha que, muy posiblemente, las reservas de aire y energía del traje espacial sucumbirían, o casi, si volvía arrastrándose por el penoso túnel. Por otra parte, no estaba seguro de poder regresar por donde había venido. Sólo fueron tres o cuatro las bifurcaciones entre las que el alienígena escogió casi al comienzo de su periplo. Pero el bueno de Simao no se había fijado. ¿Qué clase de tarado se quedaba dormido mientras guiaba a un invitado hasta el lugar donde lo aguardaban sus semejantes? Tal vez para la rana era lo más común el tropezarse con un extraño y llevarlo como amigo a su guarida, pero Simao opinaba que aquella ocasión singular bien merecía un mejor trato y, ante todo, un transporte más directo y apropiado. Sin saber bien qué decisión tomar y, habida cuenta que el alienígena había afirmado con tranquilidad que su destino estaba cerca, Simao decidió avanzar por el tubo. Hacía rato que no encontraban desvíos. Lo más probable era que llegaran en breve a la base alienígena. Con un poco de suerte, allí recargarían las baterías de su traje. Era seguro que dispondrían de agua potable e incluso era probable que dispusieran de algún tipo de materia orgánica mínimamente metabolizable y, ante todo, el encuentro, previsto como una situación un tanto embarazosa, lo aliviaría y tranquilizaría tras aquel viaje infernal por el tubo. Decidió seguir y aceleró cuanto pudo. No podía ir más rápido sin perder el control de sus movimientos. Cuando menos, debía ser capaz de frenar. Y tampoco quería caer desmayado, como el lunático alienígena. Confiaba en no encontrar más cruces de caminos que lo obligaran a detenerse y esperar a que la rana lo alcanzara y lo volviera a guiar. Hasta soñaba con el momento en que se encontrara con otra rana azul, o verde, o aun con una babosa mugrienta y mocosa, que lo recibiera al final del trayecto y lo interrogara en cualquier idioma extraño por su presencia en aquellas coordenadas espaciales.

Pero el fin del tubo no llegaba, sólo las monótonas rugosidades vítreas lo acompañaban a lo largo del conducto interminable. Simao, tan nervioso como aburrido, tan hambriento y sediento como agotado, se quedó dormido, como antes creía que iba el marciano. Sin darse cuenta, sin poderlo evitar. Dormido como un

tronco en mitad de una inmensa recta que parecía tan eterna como el tubo. Despertó, sin quererlo, antes de alcanzar el final de la recta ni el de la galería. ¿Habría pasado de largo el desvío? Imposible saberlo. ¿Debería retroceder, volver al encuentro del extraterrestre adormecido que no había vuelto a dar señales de vida? La terrible realidad era que la reserva de oxígeno de su traje estaba llegando a su final. Tenía sed y hambre, pero lo más apremiante era seguir respirando y la batería de los filtros estaba casi gastada. Sin energía no había filtros y sin filtros el aire no se renovaba. Si no llegaba en unos minutos al final del recorrido, si un marciano no le proporcionaba energía u oxígeno, la vida de Simao Branco, primer embajador espacial humano, iba a tocar a su fin antes de entablar contacto con la raza del impresentable que lo había conducido a aquel túnel infernal.

Simao notó el sudor que, inoportunamente, se deslizaba por su frente. Por suerte, su casco jamás se empañaba. Pero eso no lo tranquilizaba ni mucho ni poco. Con un supremo esfuerzo trató de impulsarse nuevamente, apoyándose en las paredes para adquirir más velocidad. Aunque chocara con la estación espacial o contra un alienígena, nada podía ser peor que la angustia del infernal trayecto sin fin. Simao empezó a marearse. Las paredes iridiscentes comenzaron a darle vueltas y un intenso dolor de cabeza inició un molesto martilleo en sus sienes y su nuca. Le faltaba el oxígeno. Se encontraba agotado y mareado, sentía náuseas y deseos de gritar. Por suerte todo se volvió negro de repente. Una parte de su conciencia comprendió que se estaba desmayando.

Pero el olvido completo aún no llegó. Simao despertó otra vez. Imposible saber si había transcurrido un minuto o una hora. Seguía avanzando por el tubo, igual que antes. Aunque ahora los pulmones le ardían y su cabeza palpitaba cansinamente, recordándole que las reservas de oxígeno, como las de energía, habían tocado a su fin. Simao abrió unos ojos inconmensurables y trató de gritar dentro del traje:

-¡No! ¡Noooo!

Ni tan siquiera se oyó a sí mismo. Como un pez, boqueó inútilmente, notando a cada aspiración como la vida se le escapaba y

su pecho ascendía y descendía inútilmente, sólo para incrementar el dolor. Una última bocanada y un último pensamiento:

-Me muero.

Calma. Fin de la agonía. Negro.

El cadáver seguía avanzando por el túnel sin fin: un envoltorio con un cuerpo inerte en su interior, el rostro desfigurado en una horrible mueca de terror.

Entretanto, el alienígena, el batracio espacial, marchaba plácidamente por el conducto adelante. Venía bastante atrás, desconectado del mundo, en una suerte de suspensión semejante al sueño de los humanos. Un tiempo indeterminado más tarde -¿horas?, ¿días?, ¿semanas?, ¿tal vez meses o años?-, el ser se desperezó y comprobó que el humano no estaba junto a él. No le sorprendió. Realizó el gesto que en los de su raza equivalía a una sonrisa y, sin preocuparse, aceleró un tanto su ritmo hasta que, a lo lejos, contempló un bulto al final del tubo. Tras la recta interminable venía un recodo y allí tropezó con los restos de Simao Branco. Era uno más que añadir a la larga lista. Habría que sacarlo de allí. No podía permitirse que el tubo quedase bloqueado por aquel ente miserable. Como hiciera con tantos otros, el alienígena, el Vigilante, llevó consigo el cadáver hasta la salida del túnel. Allí estaban sus compañeros, aguardando en la pequeña estación espacial que hacía las veces de frontera y aduana para alcanzar su mundo.

-¿Quién es? –preguntó uno, sin pizca de curiosidad.

-Uno más –respondió el viajero, y no hubo más que decir.

Sí, era tan sólo un mortal más. Una de esas criaturas deleznables que, apoyadas en una ínfima porción de inteligencia, se atrevían a asomarse, de cuando en cuando, a las inmensidades del universo que nunca podrían poseer. El túnel era una buena prueba para todos ellos antes de permitirles un verdadero contacto con la Civilización. Aquel pobre tipo, como tantos otros antes que él, aunque ninguno antes de su raza, pasaría a formar parte del Museo. No había superado la prueba. Era una criatura presa de su entropía, de su propia caducidad. Alguien que nunca podría ser Ciudadano del Mundo.

Y allí quedó Simao Branco, dentro de su traje, con su cara de pavor, colocado en el almacén o sala de exposiciones, a la que pocas

visitas llegaban, pese al tiempo infinito de los Guardianes. Ante los ojos inertes del Embajador se mostraba el fracaso de otra infinidad de embajadores que no habían sido admitidos a la audiencia de los seres verdaderamente civilizados y superiores.

Juan Luis Monedero Rodrigo

ANGELITOS

Hay gente que va muy deprisa y achaca sus fallos al apresuramiento. A algunos les salvaría de sus errores la menor velocidad, pero hay muchos que, vayan deprisa o despacio, son lo bastante imbéciles como para que sus meteduras de pata sean independientes del ambiente.

Un claro ejemplo de lo que digo es el de mi primo Alex. Buen chico, buen padre y marido. Completamente gilipollas el pobre.

Hay gente que cree en las mentiras piadosas o blancas. Quien piensa que hay que mantener la inocencia de los niños a toda costa y durante el mayor tiempo posible, como si alejándolos del mundo real fueran a estar mejor protegidos o preparados para él. También el pobre Alex es uno de estos pazguatos.

Para ejemplo basta una muestra. Todos sabemos que a los niños rara vez se les habla explícitamente de sexo. Es uno de esos temas tabú –y hay tantos: sexo, violencia, moral- que se consideran inadecuados para sus castos oídos. Y así van las cosas, que luego les nace la curiosidad a la par que les proliferan las hormonas y cuando los papis quieren contarle al peque la milonga de la semillita, la niña ya se ha quedado preñada o el crío tiene que curarse una candidiasis. Vamos, que uno se siente incómodo con los temas de la sexualidad y sus implicaciones morales o religiosas y se esmera infinito en transmitirles sus propias taras a sus dulces querubines. Y es, precisamente, de querubines, serafines y todo tipo de angelitos de los que va el meollo –o meo yo- de esta historia.

Lo que voy a contar es la que le monté a mi primo Alex con uno de sus hijitos de nombre, y cómo no, Alexito o Junior –que los hay bobos hasta para los nombres-. El lerdo de mi primo me dejó unos minutos en la sala a solas con su hijo mientras él salía a hacer un

recado. Era eso justamente lo que yo había ido a hacer en su casa, un recado de mi señora madre, que sólo las madres le pueden colocar a uno en semejante situación. De otro modo, bodas, bautizos o funerales aparte –y no todos, que casi siempre hasta esas ocasiones se pueden evitar-, yo no me paso a ver al gilipuertas de Alex ni a su mujer –tan fea que no merece atención y tan estúpida como el marido- ni aunque me paguen. Claro está que todo el mundo tiene su precio, pero el mío para pasar trago semejante es bastante elevado. Al cabo, y sin esperarlo, la visita me resultó de lo más divertida. Pero eso no lo sabía yo a priori.

El crío, pese a sus antecedentes, parecía relativamente despierto. Tal vez es que a mí resulta fácil engañarme. Pero me inclino a pensar que la frenopatía de esta rama familiar se debe más a cuestiones educacionales que a genéticas y que al chavalín se le irán constriñendo las meninges y atrofiándosele los sesos conforme se haga mayor en ese ambiente de estulticia generalizada. Digo lo de despierto porque era curioso y me hizo una pregunta de lo más razonable. Al parecer, su padre le había estado hablando de las cigüeñas de París como fuente de las nuevas generaciones humanas y del pipí de los angelitos, allá en el cielo, como origen de las lluvias. Así que el muchacho, que debía de tener unos siete años, me hizo la pregunta más lógica:

-Y la nieve, Sergi, ¿de dónde viene?

Quizá debería haberle contado una chorrada bienpensante y absolutamente absurda. O, mejor, haberle largado un rollo sobre meteorología y masas de aire ascendentes que se enfrían y descargan copos. Pero, en vez de eso, me inventé una milonga relacionada con las dos mentiras que antes su padre le había largado. A mí el resultado de la mezcla me pareció divertido y, dentro de su absurdo, hasta razonable.

-También la fabrican los ángeles –contesté, dejando en el aire un silencio misterioso.

Era de lo más lógico. Si la lluvia era cosa de los ángeles, también había de serlo la lluvia. Claro está que mi respuesta despertó aún más la curiosidad del muchacho.

-Pero, ¿cómo? El pipí no es hielo.

El puñetero pipí no era hielo, claro está, ni agua. Pero, puestos a mentir como campeones, yo era y soy un experto. Así que le dije al niño que la nieve caía cuando los angelitos meaban para arriba. Le comenté que, al mear para arriba, el pipí se convertía en copos de nieve que luego caían lentamente. Para que la explicación fuera completa, añadí el procedimiento de fabricación. Si los ángeles se limitaban a mear para arriba, no bastaba. Primero tenían que meneársela.

-¿Menearse el qué? –preguntó, inocentemente.

-La chorra, hijo, la chorra.

Le expliqué a la criatura que los ángeles, igual que los hombres, al acariciarse la pilila, o cuando les excitaba ver a una mujer guapa, la colita se les ponía grande y dura y les apuntaba para arriba. Y luego, en vez de salir pipí, salía espuma. Le dije al inocente Alexito que la espuma se convertía en nieve pero que, si el angelito hacía pipí con la chorra empinada, el chorrito se congelaba en forma de bolas de granizo. Así, de un plumazo, me ventilaba siglos de discusión sobre el sexo de los ángeles y explicaba la diferencia de textura entre la nieve y el granizo, ambos helados, sin negar, en ningún caso, la veracidad de la lluvia dorada angelical inculcada por el mequetrefe de su padre.

Cuando el bobo de Alex volvió a casa, el crío lo recibió con su mejor sonrisa, acudió a la carrera a cubrirlo de besos y, ni corto ni perezoso, le comentó como el primo Sergi le había explicado el origen de la nieve y el granizo.

Alex me miró con cara de horror. Aún no se le habían olvidado mis bromas a su costa cuando éramos críos y se temió lo peor. Suerte que nunca se enteró de mi mejor jugarreta, si no, aún habría imaginado algo más terrible. Yo también temí que el niño me pusiera en un apuro, tan deseoso como estaba de contarle la historia a su papi, así que volví a mentir como un bellaco al indicar que tenía mucha prisa y que, después de su repentina marcha, sentía que se me hubiera hecho tan tarde y tenerme que ir sin haber podido hablar con él de un modo más tranquilo. Salí por patas y luego me enteré de lo sucedido, con su enfado monumental, porque mi madre me regañó al enterarse, por boca de mi tía, del apuro de su Alex con las ideas pervetidas de su nieto.

Yo ya no estaba por allí ni volví a pasarme a ver a ninguno de los dos Alex, pero me reí a gusto mientras mi madre se irritaba por momentos antes mi desvergüenza.

Podía imaginarme la cara de Alex mientras su niño le hablaba de chorras empinadas y fabricación de nieve a partir de la espuma blanca que resultaba de acariciarse la pilila. La cara de bobo debía de ser un auténtico poema. Y no sé qué nueva gilipollez le contaría para "enmendar" la mía.

En realidad no sé por qué no soporto al petardo de mi primo, porque, desde siempre, me ha proporcionado momentos de felicidad impagable. Recuerdo bien aquella bola que le metí en la cabeza y de la que, que yo sepa, nunca ha sido del todo consciente. Tiene que ver también con chorras enhiestas, pero de un modo diferente. Tendríamos quince o dieciséis años cuando el tipo descubrió que quería rendir culto a su patético cuerpo. Se puso a hacer deporte y decidió empezar a practicar el culturismo. Yo entonces me mostré muy de acuerdo con su idea de fortalecer el cuerpo –de su mente debilitada no quise hablarle-, pero lo acojoné al indicarle que el consumo de anabolizantes era peligrosísimo a la par que le proporcioné una alternativa natural y supuestamente saludable. Le comenté que el desarrollo de masa muscular se favorecía por el exceso de testosterona y le aconsejé como medio natural para incrementar la suya el masturbarse siempre que hiciera deporte para así lograr el efecto anabolizante pretendido de una manera sana y satisfactoria. El tipo se lo creyó y, desde entonces, cada vez que lo veía más fuertote, me lo imaginaba realizando un ejercicio manual extra tras cada sesión de gimnasio, con su rostro de gilipollas deformado por el esfuerzo y el placer y convencido de que, aquella manola de pureza dudosa, le proporcionaría el aspecto de cachas que buscaba. Incluso ahora, cuando le veo, me parto de la risa imaginándolo cascándosela. ¡Ay Alex, qué lerdo eres y qué buenos momentos me has hecho pasar!

Sergi Lipodias

LA GUERRA CONVENIENTE

Me pasma ver como ciertas personas, en ciertas circunstancias, son capaces de jugar hipócritamente con el lenguaje,

sin ningún pudor ni vergüenza, como si nada pasase o ellos no fueran los responsables, como si las vidas ajenas fueran juguetes para ellos o no les importase en absoluto lo que a nadie les suceda como consecuencia de sus decisiones que les afectan. Por desgracia, en nuestro tiempo, tan dado a componendas, el lenguaje se retuerce con especial descaro y desfachatez.

Sucede en todas las esferas del poder, ante casi cualquier situación incómoda para el político de turno o aquél que desea ostentar el poder pero no cargar con las responsabilidades materiales o morales. Pero es particularmente doloroso y sangrante en tiempos de guerra. En realidad, todos los tiempos son de guerra, aunque nosotros, en nuestro mundo falso y lleno de imposturas, no somos conscientes de que en otras partes del planeta, y muchas veces por satisfacer, indirectamente al menos, nuestros propios intereses, mucha gente sufre en mitad de terribles conflictos de toda índole.

La guerra es cruel y terrible. Pero no nos causa empacho lamentarnos por lo que sucede mientras toleramos, y aun apoyamos, las intervenciones de nuestros líderes, los trapicheos de los ricos y poderosos, la defensa, a fin de cuentas, de nuestro modo de vida, cueste lo que cueste a quien sea, mientras no seamos nosotros. "Pobrecitos", decimos y pensamos al ver a la gente maltratada por la guerra, como si fuera algo remoto que nada tiene que ver con nuestra vida.

Y nos dejamos engañar, o no, por las palabras de los políticos, los periodistas, los empresarios y hasta las que nosotros mismos empleamos al hablar. Como para muchos otros asuntos, el empleo de eufemismos para referirse a los terribles sucesos de las guerras nos hace suavizar el impacto de los hechos en nuestros endurecidos corazones, tal vez tranquilizando nuestras impermeables conciencias.

Basta con oír a un político o un periodista para que, si tienes entendederas y sensibilidad, se te revuelvan las bilis ante tanta hipocresía. No, en las guerras nunca hay buen rollito. Las víctimas son víctimas y los verdugos verdugos. Muchas veces, unos y otras intercambian sus papeles, pero eso no justifica a nadie. Tampoco el indicar que la violencia está en nuestra naturaleza, como si eso nos hiciera menos responsables de la crueldad.

Pero es fácil engañarse y engañar. Por eso, cuando uno ataca al rival o víctima conviene ganarse a la opinión pública afirmando que se trata de una guerra preventiva, porque sabemos que el enemigo se está armando hasta los dientes y piensa atacarnos en breve. Así que, antes de que nos ataque, nosotros nos "defendemos", por anticipado y con un bonito ataque preventivo. O afirmamos, y hasta creemos, que nuestra guerra es "contra el terror". Porque, claro, nuestra guerra no es terror. Nuestra violencia no causa el mismo espanto, las mismas víctimas y dolor. Es una guerra de buena gente, para terminar con los malvados terroristas que se cobijan en sus madrigueras. Por eso, para hacerlos salir, atacamos nosotros. Y, si hay víctimas, decimos que son daños colaterales, admisibles porque sirven para evitar un "mal mayor". Y es que, obviamente, para aquél que la sufre, debe de existir algún mal peor que la propia muerte, aunque los muy obtusos no quieran enterarse. Su muerte es un mero accidente y no hay que sentirse culpables por ella. También causa escalofríos oír hablar de los "crímenes de guerra". ¿Es que la guerra, cualquier guerra, no es en sí misma un crimen? Tal vez haya quien piense que la guerra es un juego –mortal- entre "caballeros", como solía creerse en el pasado. Pero, realmente, debe de ser atroz lo ejecutado en mitad de la guerra para que los propios contendientes lleguen a verlo como un crimen al margen de las barbaridades que son norma. Y, para remate, qué decir del famoso "fuego amigo", cuando nuestra torpeza o desidia provoca muertes entre nuestras propias filas. Si justificamos las bajas de civiles en el enemigo, cómo no convertir en héroes de la patria a aquéllos a los que mata nuestro fuego y no el del enemigo.

Aunque en un gremio como el de los soldaditos, en el que se habla de "inteligencia militar" cuando no hace mucho se daban consignas del tipo "viva la muerte" o "muera la inteligencia" y de lo que se presume es de que hay "armas inteligentes", poco nos puede sorprender, aunque sí indignar sobremanera, que a las personas se las trate como menos que meros peones de un enorme tablero de ajedrez.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Correr a toda velocidad, con los ojos cerrados, los oídos tapados, igual que la nariz, para no darse cuenta de que todo apesta, sin palpar, sin saborear, perdido cualquier atisbo de equilibrio, es la mejor manera de estrellarse, de colisionar con la más completa desgracia en cuya busca, sin fijarnos, avanzamos. Ésos somos nosotros en este tiempo: seres absurdos e inconscientes que avanzan a gran velocidad, sin saber hacia dónde ni preocuparse, cerrando los sentidos a cualquier vislumbre de realidad y sentido común.

El temible burlón

En memoria de mi padre

JARDÍN

Anita se aburría mucho. Casi siempre. Aunque el aburrimiento era mejor que el miedo.

Pensar en la enfermedad la hacía entristecer. Pensar en las sesiones del tratamiento que la sacaban de la monotonía de la actividad la espantaba. Sabía que tenía algo malo en los huesos. Ella no podía explicar exactamente el qué. Pero comprendía que era muy grave. Algo mortal si no se curaba. Los médicos no se lo habían dicho. Tampoco sus padres. Pero lo había escuchado de labios de Vanesa, una niña de doce años, tres más que ella, que estuvo ingresada hacía casi tres meses y que, por supuesto, sabía mucho más que ella. También estaba muy malita. Y no parecía encontrarse mejor cuando se la llevaron, aunque sus padres le dijeron que la daban de alta.

-Yo también me voy a morir –le dijo, casi presumiendo, el mismo día en que le descubrió la gravedad de su cáncer, así lo llamó, de los huesos.

Desde entonces no había tenido más compañera de habitación, porque al poco de marcharse Vane a ella la llevaron a una zona de aislamiento. Tan limpia como su otra habitación. Más silenciosa, más tranquila. Más aburrida, deprimente y agobiante. Empezaron el doloroso tratamiento y, desde entonces, las visitas, incluso sus padres, siempre se ponían bata verde, guantes, mascarilla y hasta unos patucos la mar de raros.

-Es por tu bien –le dijeron, sucesivamente, el médico, su padre, la enfermera y mamá, que hacía pucheros aunque intentaba sonreír.

Y Anita, qué remedio, se creyó aquello de que era por su bien aunque, la verdad, cada vez se sentía peor. Además de sola, aburrida y preocupada. Sus padres la hacían compañía. De vez en cuando, aunque cada vez menos, también venían sus tíos con el primo Nico, el pesado. ¡Hasta sus visitas las agradecía y las esperaba con impaciencia! De hecho, hacía casi un mes que no venían Nico ni la tía Loli y sólo la semana pasada, y durante apenas cinco minutos, se presentó el tío Gustavo, que, tan serio como era siempre él, se mostró más simpático y amable que nunca.

La espera era un rollo. El tratamiento una tortura. Anita no comprendía por qué la tenían que pinchar aquellas cosas. Ni por qué se ponía tan mala cuando pasaba el tiempo. Náuseas, vómitos, diarrea. Y se sentía débil y enferma. Cuando se puso a llorar, ya hacía casi mes y medio, al mirarse en el espejo y verse con ojeras, cara de calavera y, lo que es peor, toda calva, le quitaron el espejo del baño. Seguro que fue la enfermera Braulia, aquella vieja asquerosa. Ahora, al recordar su imagen y tocarse la cabeza sin pelo, todavía le daban ganas de llorar. Aunque, bien mirado, casi era cosa de risa el imaginarse la bola de billar sobre el cuerpo de palillo. Se había convertido en un chupa-chups.

Pero, tras tantos sufrimientos, el dolor de la pierna no se calmaba. Peor aún, era más intenso y se le había extendido a la cadera, el culo y el muslo de la otra pierna. Eso no podía ser bueno. Aunque Anita fuera una niña, no era imbécil. Y hasta un imbécil habría comprendido que las cosas no iban bien. Claro que pensar en ello, y en la frase agorera de Vane, hacía que le dieran ganas de llorar y que un escalofrío le corriera por todo el cuerpo.

A veces lo hacía, se ponía a llorar como una Magdalena. Su madre, aunque ella trataba de disimular, se daba cuenta. Y fue ella la que usó aquella expresión. Como Anita no entendía la relación entre un bollo y las lágrimas mamá le tuvo que explicar que lo de la llantina no se refería a las magdalenas de comer sino a una señora muy famosa que había conocido a Jesús. Anita también lo conocía, aunque sólo fuera de

oídas. Siempre le rezaba. Por todos, y también por su propia curación. Era una niña buena y obediente, así que siempre hacía lo que le decían. Hasta rezar y pedirle a Jesús. Su madre le decía que Jesús ayudaba a las personas buenas, pero la pobre Anita, que con tanto fervor rezaba, aunque, todo hay que decirlo, sin demasiada fe, empezaba a sospechar que ella, por más que se lo repitieran su madre o la abuelita, no debía de ser una niña buena, ya que ni la escuchaba ni la curaba.

-El Señor suele llevarse primero a los mejores –le oyó decir un día, por lo bajinis, a la abuela Puri.

Anita no sabía a dónde ni para qué se llevaba Jesús a la gente, pero sospechaba que esas palabras, pronunciadas en voz tan baja y con un tono tan triste, debían de referirse a ella. Suponía, eso sí, que para viajar con Jesús al lugar al que fuera, primero había que morirse, espicharla, como decía la Vane, y eso a Anita no le hacía ninguna gracia. Sólo de pensar en ello, en la idea de su muerte, sentía que se le revolvía la tripita, igual que cuando le daban y le pinchaban aquellas horribles medicinas con las que decían que la iban a curar. La niña no tenía muy claro lo que significaba eso de morirse. Alcanzaba a identificar la muerte con desaparecer, no estar más, pero suponía que debía de ser más complejo que un juguete que se estropeaba y dejaba de funcionar. Imaginaba que los adultos, la gente mayor, sabían de la muerte mucho más que ella. Al menos sus padres debían de saber un montón. Era demasiado ingenua como para suponer que la muerte, su después, era un terreno tan misterioso y mucho más terrible para las personas crecidas que para ella.

Así que Anita, aburrida y preocupada, se dejaba hacer. Trataba de no quejarse. Como veía que todos se mostraban sonrientes ante ella, aunque fuera con sonrisas extrañas, ella también se obligaba a sonreír. Trataba de evitar las lágrimas. Procuraba mostrarse amable ante los médicos y las enfermeras, ante la familia y las visitas. Pero el tiempo, más que la idea de un futuro terrible, se le hacía muy pesado. Lo peor no era sentirse mal, ni saber que a un ciclo y la sucesión interminable de pruebas lo sucederían, con toda probabilidad, otro ciclo y otras pruebas. Aquello hasta podía llevarlo con resignación. Lo peor era sentir que cada día era igual de horrible que el anterior y que aquella situación parecía no tener fin. Al contrario, todo era cada vez

peor: los dolores, los tratamientos, las pruebas y, desde hacía días, el aislamiento. Al menos nadie de fuera le vería la calvorota ni las ojeras si ella no les dejaba. Los médicos siempre la tenían encerrada, con las persianas bajadas. Si pensaban que la luz era mala para ella o la molestaba, nunca lo decían. Si veían la persiana muy levantada, la bajaban del todo: ¡pum! Y a oscuras. La niña sospechaba que era para que no se viera reflejada en el cristal y no se asustara de su aspecto. O para que los demás enfermos no pudieran verla y asustarse. Pero a Anita le gustaba, siempre que tenía unas pocas fuerzas, caminar por la habitación y alzar un poco la persiana. Lo de moverse cada vez era más difícil, por los dolores y la rigidez de la pierna. Lo de mirar nunca suponía un problema. Había aprendido como levantar un poquito la persiana, sin que se notase demasiado, para que no la regañaran. Y le bastaba con quedarse sentada ante la persiana entreabierta para ver el patio del hospital y el módulo de enfrente, con sus pasillos y habitaciones, lo más parecido al mundo exterior, el real, a lo que Anita podía tener acceso. Sus padres solían ayudarla a sentarse frente al ventanal, con sus sondas y todo, bien abrigadita y quieta, y eran ellos mismos los que alzaban un pelín la persiana para que pudiera mirar y soñar, quizá, con su liberación en un futuro mejor.

A la niña la animaba ver el cielo azul, las nubes, la gente que se desplazaba por los pasillos, unos lentos, otros apresurados, algunos acompañando a un enfermo en su deambular. Veía niños y ancianos, veía médicos, enfermeras, celadores. Unos tristes, otros alegres. Veía la vida. A veces hasta veía moscas o mariposas volando del otro lado, un perro corriendo por el patio, gente que cruzaba a la carrera, obreros sentados sobre el suelo. Le gustaba imaginarse a sí misma sentada sobre el cemento y jugando con el perro. También le agradaba la idea de que un día, si se empezaba a curar y la sacaban de allí, sin sondas ni mascarillas, también ella pasearía por el corredor de su propio módulo, en brazos de su padre o cogida de la mano de su mamá, o de la abuelita Rufina, que siempre le decía que, cuando estuviera mejor, pasearían así, cogidas de la manita.

Era hermoso ver que la vida proseguía, aunque fuera la de otros. Hasta que un día mirar fue aún más bonito. Pero luego, por la misma razón que se le iluminó el rostro, mirar dejó de ser hermoso,

sino triste y deprimente. ¿Por qué sólo allí enfrente? ¿Por qué no a su lado?

Ideas del Director. Eso decían, aunque era falso. Bien sabían los que lo conocían que el señor Balbuena no tenía luces, ni menos imaginación, para tanto. Todo se reducía a seguir a rajatabla un programa. Y si alguien de más arriba tenía una idea, o un amigo que presentaba una idea, o la posibilidad de iniciar un proyecto que mejorara el funcionamiento del hospital o, simplemente, le diera algo de lustre y relumbrón, el señor Director se apuntaba al número ganador y dejaba hacer. Los méritos siempre eran suyos. Para los fracasos siempre había alguien, por debajo en el organigrama o ajeno a él, al que se le podía cargar con el mochuelo.

La idea de las flores era bonita. Absurda, ridícula, pero bonita. Si uno tiene una pizca de sensibilidad, claro. Y ésa no era una de las virtudes del señor Balbuena. Aparte de que al señor Balbuena no lo adornaban demasiadas virtudes. Salvo que consideremos el mal carácter, la prepotencia o la tozudez dentro de tal categoría.

A Demetrio sí le gustaba la idea de las flores. Aunque para él supusiera un trabajo extra. Claro que Demetrio era el jardinero del hospital, y sabía que ese extra de trabajo podía significar la diferencia entre mantener aquel empleo o quedarse con una media jornada o incluso en el paro. No en vano, desde la llegada del señor Balbuena a la Dirección, el personal de jardinería se había reducido a la mitad, así como el presupuesto a apenas un tercio del original. Por suerte, no se pudo aplicar idéntico recorte al sueldo del jardinero. Pero Blas se quedó en el paro y ahora había más trabajo y más aburrimiento. Lo de las flores significaba unos cuantos minutos más al día. Pero Demetrio era un sentimental. Además de que aquél de jardinero fuera su empleo, a él le gustaban las flores. No porque uno, por obligación, termine haciendo un trabajo para el que nunca se había preparado ni le llamaba la atención, eso significa que no pueda convertirse en un buen profesional y que no le agrade desempeñar su oficio. A Demetrio, aparte de todo lo demás, las flores le gustaban, y la idea de poner flores en toda aquella ala del hospital, tanto en los pasillos como en las habitaciones donde no se indicaba lo contrario, le

parecía fenomenal. La gente ya tenía bastantes problemas y dolores allí como para darle disgustos. Un tiesto con unas florecillas, una tontería así, a muchos les daba una pizca de alegría suficiente como para cambiarles la expresión de la cara.

Cuando recibió la orden, Demetrio no preguntó. Él no acostumbraba hacer preguntas. Desde sus tiempos en la cárcel había aprendido a oír, ver y callar. Y a no desperdiciar sus oportunidades. Se limitó a preparar el material y poner el proyecto en marcha. Le sorprendió que le indicaran las habitaciones exactas en las que habían de colocarse las macetas, hasta sus colores. Le sorprendió que le indicaran la ubicación de los tiestos en cada pasillo y alféizar. Pero él no preguntó. Y le sorprendió aún más que la mitad del hospital se quedase sin flores. Pero, ¿quién era el jardinero para preguntar por las razones de los jefes? Él puso sus flores y las cuidó. Era lo que sabía hacer y aquello por lo que le pagaban.

Pasar de la alegría a la tristeza en un instante. Eso significaron las flores. Bueno, no fue tan repentino. Pero sí que debió de iluminársele el rostro cuando vio aquellos tiestos en el bloque de enfrente. Anita se ilusionó pensando que algo tan bonito pudiera estar también en su propia habitación. Pero pronto vio que a ella no le correspondían flores como a los demás. Tampoco podía salir de su cuarto para ver si ella era la única sin flores de todo el edificio. Sólo podía mirar fuera de su cuarto por la ventana y desde allí veía flores en todas las habitaciones del bloque de enfrente del hospital. ¿Por qué habría de pensar que sus vecinos de habitación, pared con pared, tampoco tuvieran flores? Parecía un castigo. Los demás tenían todos macetas, grandes o chicas, con flores de diferentes colores y tamaños, más bonitas o no tanto, pero ella ninguna. Y el rostro se le ensombreció cuando comprendió que a ella no le tocaban flores. No, al menos, ese día en que todas las demás habitaciones que ella podía observar desde la ventana habían recibido su bonito tiesto.

Anita lloró y se agotó con la llantina. No se atrevió a pedirles flores a las enfermeras. Seguro que le dirían que aquello era por su bien. Que las flores de colores eran malas para la enfermedad, que no podían incluirse en el tratamiento. O, peor aún, que cuando se

mejorase le traerían unas flores como a los demás. ¿Y si no mejoraba? ¿Y si necesitaba las flores ahora y no luego? La gente del hospital no la entendería.

-Niña tonta –escuchó que decía la voz de Vane dentro de su cabeza.

Pero sí que se lo dijo a su madre cuando entró, por la tarde, al cuarto, embutida en su bata verde, con su gorro, su mascarilla y sus asépticos guantes de nitrilo.

Y su madre se apenó con ella. Mamá la entendió y prometió preguntarles a las enfermeras por las flores. Y le aseguró que intentaría conseguirle flores, si era eso lo que deseaba para sentirse un poquito, aunque sólo fuera un poquitito, mejor.

Su madre le sonreía, tras la mascarilla, con esa expresión tan rara en el rostro. Anita sabía que disimulaba así la tristeza, las ganas de llorar que, como ella misma, sentía. Aquello apenaba aún más a la niña, pero no dijo nada, se limitó a devolver la sonrisa, seguro que tan triste como la de su mamá.

Más tarde el que entró fue su padre.

-Enseguida te traerán la cena –le dijo.

¿Y las flores?, se preguntó Anita en silencio. No dijo nada, ni hizo falta. Papá le dio un beso en la mejilla a través de la máscara y le habló de las flores.

-Cariño, nos han dicho que a ti no te tocan flores. Sólo a los del ala norte del hospital.

Pero, ¿por qué? ¿Era un castigo? En vez de preguntar, la niña hizo pucheros y su padre la abrazó con fuerza.

-Dicen que es una prueba. Que han recibido órdenes. No sé por qué.

El padre se calló un instante, tratando de no contagiarse de la emoción de la niña. Frunció el ceño y respiró pausado. Intentaba no llorar.

-Pero no te preocupes, hija. Yo hablaré con quien haga falta para que tú tengas tus flores, ¿vale?

Y, al ver la decisión del rostro de papá, Anita le devolvió una sonrisa de las de verdad, afirmó con la cabeza y se apretó aún más fuerte contra su pecho.

-Vale –dijo finalmente.

Llegó la cena. Una bolsa que le colocaban con un tubo. Su padre salió un momento. A hacer las gestiones, dijo. Y al instante entró de nuevo su madre, para ayudarla con la comida y que no estuviera sola. No hasta que fuera de noche y no la permitieran velar su sueño.

Ninguna de las dos habló. Anita se tomó todo, incluida la medicación, y se acostó a dormir. Las dos sabían que el día siguiente sería muy duro. Comenzaba un nuevo ciclo y Anita se quedaría aún más débil que hoy.

-No –dijo tajante el señor Mascaró-, no se debe hacer de otro modo. Lo que pretendemos es comprobar si la presencia de flores mejora el estado de ánimo de los pacientes y, con ello, se recuperan más rápido. Por ello necesitamos un grupo control.

Así se manifestó Mascaró, el técnico enviado por la Comunidad para poner en práctica el proyecto, ante el doctor Jiménez, mero representante de unos cuantos pacientes y de sí mismo.

Jiménez entendía lo que el técnico indicaba. También había entendido los argumentos de Balbuena, igual de ridículos que los de Mascaró. Por supuesto no los compartía.

Sabía que existe gente dispuesta a realizar cualquier tarea, por absurda que sea, con tal de adquirir méritos ante los superiores. Personas dispuestas a proponer cualquier sinsentido con el que lustrar su mediocre trayectoria profesional. E imbéciles y crédulos dispuestos a otorgar subvenciones y poder. Llevaba mucho tiempo trabajando con individuos de tal calaña. Pero nunca se acostumbraría. Menos cuando el lugar escogido para sus juegos era el hospital. Sus quejas, al final, no servirían de nada, pero sí tranquilizarían su conciencia.

Comprendía perfectamente los "fundamentos" de la prueba. Era necesario establecer dos grupos: uno al que se le aplicaba la terapia y otro al que no, un control con el que contrastar el posible efecto placebo. Pero eso era válido cuando se empleaban grupos aleatorizados, se controlaban variables que pudieran alterar el resultado y, sobre todo, el diseño experimental era adecuado, lo que, ni de lejos, sucedía en este caso. El actual era un típico ejemplo de

"hacer que hacemos". A una luminaria de la Consejería de Sanidad se le había ocurrido la brillante idea de animar a los enfermos con unas florecitas. Hasta ahí, todo bien, perfectamente respetable. Pero luego había decidido que la ocasión era única para comprobar los efectos terapéuticos de las florecillas y, de paso, escribir un hermoso informe, hasta un artículo "científico" con el que exhibirse ante sus compañeros. Y ahí empezaron los problemas: se eligió un único hospital para la prueba, con un director de lo más colaborador, por supuesto. Se repartió la población hospitalaria en dos grupos por el método de la frontera africana: tiralíneas y dos mitades. Al margen de que a algunos de los sujetos de estudio lo que menos les convenía era tener unas flores que contaminaran su ambiente o que los pacientes en peor estado, comatosos, sedados o agonizantes, ni tan siquiera iban a percibir la presencia de las plantas. Pero, qué más daba. Todo por la ciencia, o su esperpéntico sucedáneo. Todos con sus florecitas y luego a comparar la mortalidad del ala norte con la del ala sur, independientemente de las dolencias particulares de cada cual, cada planta, cada servicio, partido en dos. Con ridiculeces añadidas del tipo de que un paciente del ala sur no podía pasear por la florida ala norte y viceversa.

Pero de nada servía argumentar con el señor Balbuena, ni con el cumplidor señor Mascaró, ni, de seguro, con el lumbreras de la idea, ni con la consejera o el mismísimo presidente regional. Flores y punto.

Jiménez se mordió la lengua, como ya lo había hecho ante Balbuena, para no soltar unas lindezas de las que más tarde tuviera que arrepentirse, y abandonó el despacho de Mascaró. Él tenía que lidiar con problemas de verdad, con enfermedades y pacientes, así que no tenía sentido hacerse mala sangre con aquella estupidez.

Papá llevaba la máscara puesta, pero se le notaba a la legua que estaba triste y preocupado. Era portador de malas noticias y hubiera dado lo que fuera por no tener que comunicar la novedad.

No pretendía hablar así, sin más. Tenía la esperanza de no ser preguntado al respecto, pero leyó la interrogación en los ojos de su hija y se sintió derrotado de antemano.

Anita, tan frágil, tan delgada después de los tratamientos, con el rostro gris y avejentado después del último ciclo, tan débil que apenas podía hablar, lo interrogó con la mirada y ya no hubo nada que hacer. Él sabía que no preguntaba por su tratamiento. La niña comprendía que las cosas no iban bien ni mucho menos y, si albergaba esperanza con respecto a la evolución de su organismo, sabía que la mejoría sería demasiado lenta como para hacer una pregunta inmediata. No, a ella le interesaban las flores, las macetas cubiertas de color que para ella suponían una mínima lucecita de ilusión en mitad de la cruel tormenta en la que, sin saberlo, se veía envuelta y zozobrante.

-El doctor Pascual ha dicho que no, que no puedes tener flores.

Y las palabras le quemaron la boca y le dolieron en los labios tanto o más que a su hija en los oídos. Sorprendentemente, el rostro de la niña aún fue capaz de esbozar una sonrisa, forzada y de circunstancias, pero que pretendía ser tranquilizadora. "No te preocupes, papá", habría querido decir, pero se sentía demasiado débil.

-No –susurró la niña- importa –y cada sílaba de la última palabra fue más débil que la anterior hasta que sólo quedó un tenue silbido en el aire, acompañando el leve giro con el que la cabeza de la niña quiso remarcar su susurro. Luego, cerró los ojos y quedó como adormecida.

-Descansa, hija, descansa –dijo el padre aunque, tontamente, en verdad querría haber pedido perdón por no ser capaz de cumplir el pueril deseo, tan sencillo como unas flores en su cuarto.

De nada servía decirle que nadie del ala sur tenía flores. Que se conformase con ver las demás a través de la ventana. La niña no comprendería. O tal vez sí, pero las razones no la animarían. El médico había dicho que las flores formaban parte de un estudio muy importante. Aunque no lo sería tanto, cuando su niña había quedado al margen. El médico añadió que las flores no eran buenas para Anita. Tanto las plantas como el tiesto o, sobre todo, la tierra, podían contener innumerables microbios que afectarían a la salud de la niña. Anita estaba tan inmunodeprimida que un simple constipado podía matarla. O eso les habían dicho anteriormente. Por eso tenía que estar

aislada. Y, por difícil que resultara imaginarlo, Javier, el padre, creía al médico cuando le decía que la niña aún podía empeorar y, finalmente, morirse. Esto último sí que era fácil, y terrible, imaginarlo. Las razones del doctor eran reales, concretas, contundentes. Pero su niña se había ensombrecido aún más en su tono gris habitual desde que deseaba sus flores y nadie se las proporcionaba.

Más tarde, cuando Anita abrió los ojos, se encontró con su madre sentada a su lado, mirando hacia donde estaba ella pero con la vista perdida en el horizonte. También estaba papá, de pie, caminando lentamente por la habitación, arrastrando los pies.

-Se ha despertado –dijo mamá, y papá, como movido por un resorte, se acercó a su lado y se la quedó mirando con fijeza.

Ambos parecían pensativos. Papá más, como si, igual que antes, tuviera algo que le quemara en la boca. Hasta que se decidió a hablar. Y entonces le repitió, aunque no sirviera de nada, todas las razones del doctor Pascual. Y le pidió perdón, tontamente, por no haberle conseguido su flor. Tenía los ojos enrojecidos e hizo su oferta definitiva:

-Pero, si tú la quieres, yo te traeré la flor, aunque el médico lo prohíba. Una o cien. Tantas como tú desees. Te lo había prometido, ¿recuerdas?

La niña se esforzó por sonreír.

-Gracias, papá. Pero no hace falta. Te quiero –y la voz se consumió de nuevo mientras su padre, tratando de disimular las lágrimas, la abrazaba. Mamá, guardándose el pañuelo en la manga, se unió al abrazo y Anita, además de débil, se sintió casi feliz por un instante.

-El experimento se ha completado –señaló Mascaró ante el benévolo juicio de Balbuena-. Yo diría que con éxito –añadió.

El Director no hizo preguntas técnicas. Se limitó a informarse acerca de las posibilidades de publicación del estudio y, ante todo, aunque se refiriera a ello de modo indirecto y sucinto, a las posibilidades de que su nombre y el del hospital aparecieran reseñados en publicaciones o mentideros de la Consejería. Los méritos propios eran para Balbuena indistinguibles de los del hospital y sus empleados.

Mascaró, también deseoso de demostrar sus capacidades, halagó los oídos del Director y, de paso, comentó los resultados para mostrar su profesionalidad y su gran mérito. Según comentó, el resultado del experimento, que algunos definirían como confuso, era, por el contrario, tajante e indiscutible.

-Las flores no mejoran la supervivencia de los internos –afirmó de forma categórica-. Contra lo que pudiera suponerse, la presencia de flores no ha supuesto una mejoría en la salud de los pacientes comparada con aquellos otros que no contaban con el decorado floral.

Al cabo de tres meses, que era el plazo previsto para la prueba, no podía demostrarse que la presencia de macetas con flores en las habitaciones, afectara en modo alguno, en sentido positivo o negativo, a la salud de los pacientes. Podía pensarse que el intervalo de tiempo propuesto era demasiado corto para una investigación seria, o que los métodos usados no eran los más adecuados. Pero, por imperativo legal, aquéllos debían ser los plazos y procedimientos a emplear. En política, cuando menos, eran los más adecuados: resultados rápidos y que rindieran réditos a los burócratas y técnicos.

En todo caso, Mascaró se limitó a adornarlos con su palabrería hueca. Puesto que ninguna ventaja objetiva y cuantificable se derivaba del uso de flores como terapia, sólo restaba desaconsejar su empleo en los hospitales de la red regional. Punto y final.

Al día siguiente, Demetrio, el jardinero, se dedicó a hacer horas extra retirando todas las macetas del ala norte. Había que deshacerse de ellas. Así que, el buen hombre, las regaló a quien las quiso: primero a empleados del hospital, luego a gente, como él, de servicios auxiliares o suministros. Y, finalmente, a los propios pacientes y sus familiares. Curiosamente, muchas macetas se quedaron en poder de los enfermos o sus familias, porque a casi todos les habían agradado las flores, aunque su efecto saludable fuera, cuando menos, dudoso. Demetrio, fiel a su costumbre, se abstuvo de preguntar. Tenía cierto miedo, a ver si, terminado el proyecto de las flores, la directiva iba a decidir que también sus servicios, así en general, eran prescindibles. Entretanto, mientras esperaba a que todo se

tranquilizara, preferiblemente sin perjuicio para él, se limitó a cumplir fielmente con su obligación. Él a lo suyo y en paz.

El doctor Jiménez no se sintió particularmente aliviado por el fin de la pantomima. Al menos ahora pudieron conservar flores aquellos pacientes que lo desearon, sin ser menoscabada su libertad de elección más que por su propio deseo y las características de sus dolencias. Sí que se rió lo suyo, con una risa un tanto amarga, cuando leyó en ciertas publicaciones médicas, de índole más administrativa y política que científica, los artículos en los que, a bombo y platillo, se comentaba el "importante" estudio llevado a cabo, sin olvidarse de un solo nombre propio de los burócratas y "expertos" relacionados con el asunto. Cómo no, en lugar bien destacado aparecía el petardo de Balbuena, exhibiendo su sonriente rostro de hipocritón.

Pero no había que hacerse mala sangre. La prueba ya había terminado y punto. Ya llegarían otras tonterías políticamente correctas con las que molestar a los médicos, sanitarios y pacientes.

Su padre lo intentó. Eso nadie se lo podía negar. Trató de colar las dichosas flores en la habitación. Peleó con todo el mundo para que su niñita pudiera tener una maceta en su cuarto. Si estaba tan enferma que ya no tenía solución, ¿por qué no darle la mínima alegría de unas flores de colores? Sólo de pensarlo se ponía a llorar y le daban ganas de pegar un par de leches a alguien. Porque no le dejaron llevar su maceta. Y cuando coló aquel tiesto ridículo, como de juguete, con un ramillete diminuto, las enfermeras lo retiraron y le echaron tal bronca que a punto estuvo de faltarles al respeto, tanta fue la irritación que le causaba su falta de sensibilidad.

A las malas, peleó por conseguir que pusieran unas florecillas de plástico con las que alegrar su encierro. Pobre sucedáneo, pero algo era algo. El médico lo aceptó, las enfermeras no tuvieron queja. Pero un imbécil sin identificar, algún gerifalte absurdo, dio orden de retirar cualquier objeto decorativo de esa clase.

Así, la niña hubo de conformarse con echar un vistazo de tarde en tarde por su ventana para ver las florecillas lejanas de las que otros disfrutaban. Para sentir envidia de algo tan trivial y consumirse de tristeza a la par que su cuerpo se consumía de

debilidad, devorado inevitablemente por el cáncer y los agresivos e inútiles tratamientos.

El rostro gris se encogió, igual que se enflaqueció todo su cuerpo. Sus ojillos curiosos se fueron apagando y su salud se deterioró día a día hasta que por fin, cuando ya ni siquiera se planteaba la posibilidad de seguir con los tratamientos sino sólo la de paliar los dolores, la niña Ana Rodríguez, Anita, falleció a la edad de nueve años, víctima de un infrecuente tipo de tumor óseo metastizado.

El padre, que siempre se había negado la posibilidad de ese desenlace, lloró con desesperación. La madre, pese a estar resignada, casi desde el principio, a que se llegase a tan funesto fin, tampoco pudo dejar de llorar y llorar. La niña, su Anita, se les había ido sin poder hacer nada por ella.

En el funeral sí hubo flores. A buenas horas. Coronas, ramos, ramilletes, flores sueltas. Mil hermosos colores desaprovechados en mitad de tanta tristeza. El padre se acordó de la maceta que su niña quería, aquélla que le habría dado una mínima alegría, e insistió en colocar sobre la tumba las flores más hermosas. Él se encargaría de cuidarlas. Él iría, con su mujer, siempre que pudiera a velar aquellos restos infantiles que nunca debieron dejar de ser su niñita.

Al sepelio acudió mucha gente. Toda la familia: papá, mamá, el primo Nico, la tía Loli, el tío Gustavo, la abuela Rufina, la abuela Purificación, el abuelo Samuel. Muchos vecinos del barrio, incluidos varios amiguitos del cole de la niña, su profesora y el propio director del colegio. También una enfermera, de nombre Braulia, que la había atendido en el hospital, un par de pacientes que la habían conocido y una niñita sonriente, de nombre Vanesa, a la que Anita había conocido muy enferma en el hospital, cuando siempre estaba triste y de mal humor. La niña gruñona, ahora mostraba un carácter más apacible y, llegado el momento, dejó una rosa sobre la lápida y se puso a llorar ante la tumba de su pobre amiguita que no tuvo su misma suerte.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA DEGENERACIÓN DE LA RAZA

La velocidad nunca fue buena consejera. Ni de la sensatez ni de las buenas costumbres. Las prisas siempre ocasionan pérdidas importantes: laxitud en las costumbres, embrutecimiento de las masas,

pérdida de moralidad, flojedad del cuerpo y del carácter. En nuestro tiempo, y en primer lugar, el apresuramiento conduce al todo vale y a la desgraciada degeneración de nuestra otrora bizarra raza.

Y paso a explicar.

¿Desde cuándo las hispanas generaciones habían gozado de tantas comodidades? ¿Cuándo nuestros ancestros habían vivido en la indolencia y la vagancia como ahora? Rodeados de lujos sibaríticos, de perversiones sin límite, de placeres sin número. Nunca, jamás. El pueblo aguerrido que nos precedió, los forjadores de la patria, nunca tuvieron tal amaneramiento y falta de carácter. Y es por todo ello por lo que, sin causar sorpresa, sí duele comprobar que la raza ibérica se encuentra en tan avanzada fase de degeneración. Las pruebas de la cual son constantes a nuestro alrededor con tal de que uno conserve la mínima hombría, juicio y sentidos para contemplarlas críticamente, aunque imposible observar tal pérdida con el desapego que sería necesario en un verdadero científico de pro. La modernidad, con sus comodidades, su vida acelerada, su tolerancia, ha conducido a la raza hispana a la pérdida de sus esencias. Si no, salvo por degeneración genética debida al alejamiento de las costumbres patrias, tan próximas a las espartanas, ¿cómo se explican la proliferación de tantos niños rubios, altos y delgados a partir de la enjuta y renegrida raza patria o la pereza e indolencia general de la juventud? Estimados lectores, debo confesar mi preocupación ante esta mutación que ya, me temo, no podrá ser debidamente revertida.

El pueblo hispano, otrora valeroso, con redaños para enfrentarse a todo el mundo, se ve hoy reducido a un feliz estupor. ¿Qué dirían nuestros bravos antepasados, aquéllos que reconquistaron toda la Hispania de manos del moro con tenacidad y arrojo, si contemplaran como nuestros líderes nos arrojan en manos de bárbaros innumerables? ¿Qué de la relajación de las costumbres? ¿Qué de la negación del honor? Nuestros gloriosos antepasados, bajitos, morenos, cetrinos, enclenques, pero fuertes, perseverantes, infatigables, en nada se asemejan a esta nueva raza de niños grandes y sonrosados, de flojos de carácter, de temerosos y cobardes, de idiotas autocomplacientes. Tanto rasgo teutónico, eslavo, escandinavo o aun británico, que tanto nos hace asemejarnos a la pérfida Albión y otros de nuestros

contumaces enemigos, no puede ser saludable y, si no es obra del demonio o de la contaminación del mestizaje, ha de ser pecado de nuestras relajadas costumbres. ¿Dónde se ha visto que los hijos de una patria no se honren en defenderla con su sangre? Así nos va. Sin servicio militar, sin gallardía, sin patriotismo, sin coraje, fuerza o valor. No es raro que cada día nos nazcan más niños rubios, para estúpida sorpresa de sus felices padres. La raza se ablanda y estropea. El español reconcentrado se nos disipa en rubiales grandones y sin la fuerza de los mayores. ¡Ah, canallas! ¿Qué habéis hecho todos de mi patria? ¿Qué de mi raza?

Temo que ya no tengamos cura, salvo que reneguemos de una vez de esta estulta modernidad, de las influencias foráneas –siempre malas- y de las dietas hipocalóricas y cardiosaludables.

En caso de que la regeneración que propongo no se lleve a cabo, o de que no se llegue a completar, sólo se me ocurren tres opciones para los verdaderos hidalgos españoles: luchar y morir matando, emigrar, lanzarse a ese exilio tan tradicional tanto para nuestros héroes como para nuestros traidores, o fundar, cual peregrinos o colonizadores, una nueva patria hispana en algún lugar lejano y no contaminado donde los valores patrios de austeridad, firmeza, piedad cristiana y valor puedan florecer sin que nuestras huestes se vean invadidas por caracteres extranjeros y degeneradotes. Afirmo.

Defendamos la patria, hermanos. Dejemos de teñirnos, envidiosos –sobre todo envidiosas, nuestras absurdas féminas- con tintes rubios y potingues repugnantes, dejemos de copiar lo que nos es extraño, no hagamos aún más laxos nuestros usos y costumbres. Huyamos de lo extranjero y os aseguro que la raza hispana brillará de nuevo, enjuta, morena, canija, renegrida, sin niñitos rubios y de ojos azules que emponzoñen su esencia.

¡Viva España cañí, torera y carlista!

Gazpachito Grogrenko

(Presidente Fundador de la SETA, "Sociedad Española por la Tradición Autárquica" y sabio eminentísimo)

CARTAS AL DIRECTOR
(si dijéramos que aún lo buscamos faltaríamos a la verdad)

EL AIRE QUE RESPIRAMOS

Cuanta razón tiene el señor Grogrenko al prevenirnos contra la contaminación. Sus palabras inspiradoras me sirven de guía e introducción para comentar la idea que mis amigas del Club Católico y yo hemos tenido para sufragar los gastos de nuestra pequeña congregación, hacer caridades y, por qué no decirlo, costearnos algún caprichito.

No sólo las ideas modernas impregnan de suciedad el ambiente, hay también todo tipo de inmundicias meramente materiales que lo emponzoñan y vuelven insalubre, particularmente para las personas delicadas que, obvio resulta señalarlo, suelen ser las de espíritu más sensible y elevado. ¿Quién no estaría dispuesto a sacrificar parte de sus recursos para mejorar su calidad de vida? ¿Quién no invertiría, si pudiera, una porción de sus bienes para lograr que las condiciones del ambiente en que se desenvuelve fueran más saludables? Somos muchos los que en nuestro tiempo, acelerado y vacuo como bien dice el excelso Grogrenko, todavía conservamos la pureza de las costumbres y un sincero deseo de mantener todo lo que de bueno queda en este mundo decadente. Para nosotros, para ti también, lector o lectora que te enfrentas a estas páginas, hemos diseñado nuestra empresa biosaludable. "¿A qué se refiere exactamente esta simpática dama que se preocupa por mi bienestar?", te preguntarás, razonablemente, lleno de sana curiosidad, tan distinta de la que suele invadir las mentes sucias de tantos conciudadanos a nuestro alrededor –quién sabe si impregnados de la propia suciedad material en sus valores morales tanto como en sus cuerpos, sus pulmones o sus pieles-. No prolongaré más la espera ni alargaré la expectación que, lo sé, te invade y te provoca cierto cosquilleo de incómodo nerviosismo.

Mis amigas y yo hemos decidido brindar a ese segmento de población preocupado por la salud de su cuerpo y de su alma una nueva

herramienta terapéutica que a todos los que se atrevan a probarla les proporcionará agradables sensaciones de saludable efecto y un frescor interior que elevará su mente hasta cotas de religiosidad nunca antes imaginadas.

Igual que muchos nos preocupamos por la calidad del líquido que ingerimos y buscamos aguas minerales de pureza contrastada, con el toque justo de sales, minerales o termales, que mejoren sus propiedades organolépticas y digestivas, hasta el punto de estar dispuestos a pagar auténticas fortunas por una botella de la mejor agua del mejor manantial envasada en la botella más preciosa, nosotras hemos llegado a la conclusión de que alguien preocupado sinceramente por su salud, considerada ésta de modo global, no puede, por más tiempo, ignorar la necesidad de cuidar de igual modo la pureza del aire que respira. Hay que ser conscientes de que el aire que nos rodea está contaminado, sucio y corrupto, lleno de emanaciones de polución física tanto como de trazas de los espíritus malvados y pecadores con los que, querámoslo o no, nos debemos relacionar en nuestra vida cotidiana. Así pues, nuestra empresa, "Pneuma", ha sido creada para aliviar esa necesidad y cubrir el vacío existente en el mercado para productos semejantes.

Hemos envasado aire de la máxima pureza de diversas localizaciones: de las montañas más altas y limpias, de los santuarios católicos más elevados y de los lugares más santos, eliminando la contaminación de humos y perversión que hasta en esos lugares impregnan el preciado elemento. En un envase diseñado por nuestro admirado Grogrenko, ofrecemos a nuestros clientes litros y litros de aire concentrado y sometido a presión para que el consumidor pueda degustarlo en cualquier lugar y condición. Disponemos de aire envasado en Lourdes, en Montserrat, en Fátima, en el propio Vaticano, en los Santos Lugares: Jerusalén, Belén, Nazaret. Todos debidamente filtrados y depurados para poder ofrecer un producto de la máxima calidad y pureza. A un precio módico, de promoción y rabiosamente competitivo. ¿Qué persona pía, militante y preocupada por su cuerpo y su alma, dejaría pasar una oportunidad como ésta?

No dudes más, amigo lector. No te lo pienses, querida lectora. Si te preocupa tu salvación, acude a nosotros y encarga ya una

bombona de aire Pneuma. Una o tantas como desees o estimes necesario. Sus agradabilísimos y saludables efectos te conquistarán desde la primera bocanada y ya nunca querrás dejar de contar con una pequeña bombona a tu lado. Ponte en contacto con nosotras a través de la editorial de esta revista y no te arrepentirás.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(madre de la idea y Directora General de Pneuma,
una división de "Las Hermanitas Seglares Pías")

EPÍLOGO

La carrera ha concluido. ¡Parece una maratón! Aunque confiamos en que no haya sido agotadora. Mal vamos si te cansa leer estas pobres páginas y peor cumplen su cometido de distraer a la vez que expanden –o eso intentan- las conciencias.

Estamos acostumbrados a movernos muy rápido, o eso creemos. Confundimos la velocidad relativa a nuestros torpes sentidos y habilidades con velocidades realmente elevadas. Viajar en automóvil a doscientos kilómetros por hora nos parece una barbaridad. Desplazarnos en avión sobrepasando la velocidad del sonido. Viajar por el espacio inmediato a nuestra Tierra a veinte, cincuenta mil kilómetros por hora, ya nos parece lo más increíble en cuanto a velocidades elevadas. Y, sin embargo, tales velocidades no nos permiten ir muy lejos. Y, cosa curiosa, son nuestros sentidos los que se quejan de tales excesos porque, no nos olvidemos, la velocidad nos parece alta o baja en función de nuestras capacidades para manejarlas o nuestra familiaridad con ellas. No en vano, hace apenas siglo y medio, las personas de bien se preguntaban si el ferrocarril de entonces, con sus velocidades de sesenta o setenta kilómetros por hora no podría causar daños en la salud, tan desacostumbrados estaban a esos desplazamientos y tan cómodos viajando despacito. Ahora, más acostumbrados, toleramos mayores velocidades, aunque nos asusten aquéllas a las cuales los sentidos humanos ya no son capaces de controlar el vehículo, más elevadas las permitidas en el aire que en tierra firme.

Pero, cosa extraña, en este tiempo de velocidad vertiginosa, y no sólo en los desplazamientos, parece que no nos causan ningún respeto los cambios que día a día y sin freno se producen en nuestra sociedad, en nuestra tecnología, en nuestras costumbres, la economía, la política, las relaciones, las creencias… Todo cambia a nuestro alrededor y lo asumimos como cosa normal. Al contrario que nuestros mayores, que se espantaban ante el cambio, muchos de nosotros lo vivimos como algo cotidiano y saludable. Esto no es una crítica del cambio ni de nuestra plasticidad ante él. Nada más alejado de nuestra intención. Pero sí es un toque de atención. El cambio es inevitable y deseable. El cambio debe ser aceptado, asimilado y favorecido. Pero no cualquier cambio, y ése ha sido el principal punto de atención de todo este número. Una cosa es que el mundo cambie y lo haga cada vez de forma más precipitada. Otra muy distinta es que aceptemos cualquier cambio de forma acrítica. El mundo puede y debe cambiar de muchas formas. Pero somos nosotros los que debemos decidir cómo y cuándo. Sin dejarnos engañar por tantas voces discordantes que tratan de arrimar el ascua a su sardina, tal vez montañesa. Hoy en día no viajamos tan despacio como en el pasado. Pero la velocidad no debe servir para que cerremos los ojos y nos limitemos a desarrollar inmensas tragaderas con las cuales todo nos parezca aceptable, nos afecte como nos afecte y nos conduzca donde quiera que no nos preocupamos por inquirir.

Cambiemos, avancemos. Pero sin anteojeras, sin antifaz. Miremos cara a cara el presente. Observemos las ofertas, los cuentos con que nos embaucan, los productos de interés, los fines y motivaciones. Y sólo entonces, desde el conocimiento y el análisis, decidamos qué parte del cambio nos quedamos, cuál rechazamos y qué aportaciones tenemos nosotros mismos que hacer para que este mundo imparable avance en un sentido diferente del empeoramiento o la catástrofe.

Somos optimistas, pese a todo. Está bien serlo. Pero no ciegos ni estúpidos. Que el mundo avance no significa que progrese. Si queremos verlo progresar, corregirlo y enmendarlo, es hora de que colaboremos: activamente con nuestras obras, pero también con

nuestra visión y nuestro criterio para que la velocidad no sea una excusa con la que hacernos comulgar con piedras de molino.

EL PUNTO Y FINAL

Llega el momento de la despedida. No un adiós, esperamos, un hasta luego, hasta la próxima parada que llegará con el próximo número de nuestra humilde publicación. Contamos contigo, con volvernos a encontrar en mitad del camino, como una isla de tranquilidad y cordura en medio de esta confusión de ideas y ritmos que nos rodean.

Confiamos en que la comunicación pueda ser bidireccional. Queremos que te lleguen nuestras voces pero también ansiamos recibir la tuya, retroalimentando nuestras ilusiones. No un mero eco sino una aportación personal. Ojalá pienses que merece la pena el diálogo. Lo sentimos si te hemos aburrido o te parecemos simples, absurdos o estúpidos. Aun en ese caso, aguardamos tu crítica, preferiblemente constructiva.

Algunos de entre vosotros ya son colaboradores nuestros casi habituales, otros se han animado recientemente a subirse a este carro despacioso en el que nos desplazamos. Gracias a todos, a los que escriben y a los que leen. Aunque los primeros también suelen contarse entre los segundos.

Gracias, ante todo, a las personas que han colaborado para llevar adelante este vigésimo quinto número de nuestra publicación. A Gerardo Monedero por su vertiginosa portada, a PAM213 y El temible burlón por sus colaboraciones, ya casi habituales y esperadas con ilusión, a NOX que vuelve a hacerse oír en nuestras páginas. Y gracias por anticipado a todos los que leáis la revista, haciéndola real al prestarle vuestra inteligencia. Y, por favor, colaborad. Seguid colaborando, animaos de nuevo o por primera vez. Habladnos, haceos presentes para que también vuestra voz nos haga pensar y sentir.

Enviad vuestras colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Y bajaos, si este ejemplar os ha satisfecho lo suficiente, las revistas que no tengáis de nuestra página web:

http://usuarios.lycos.es/despertarmuertos/

O de nuestra página en bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Nunca sabemos si habrá número siguiente, pero seremos optimistas: Hasta pronto.